

PERIOLIBROS



LUIS RAFAEL SÁNCHEZ

EN CUERPO DE CAMISA

Ilustraciones
Ángel Haché

Página/12



Este *Periolibro*
llega a millones de lectores
en toda Iberoamérica
a través de 25 reconocidos periódicos,
gracias al auspicio de:

BANCO INTERAMERICANO DE DESARROLLO

◆

FUNDACIÓN DE INVESTIGACIONES SOCIALES A.C.

◆

IBERIA

◆

BANCO SANTANDER

◆

BACARDÍ Y CÍA. S.A. DE C.V.

◆

UNESCO
y FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
agradecen el respaldo a este gran proyecto
de integración iberoamericana

LUIS RAFAEL SÁNCHEZ

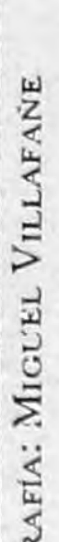
Narrador, ensayista y dramaturgo, Luis Rafael Sánchez (Humacao, Puerto Rico, 1936) es considerado uno de los autores más versátiles y elocuentes que han escrito sobre la cultura popular latinoamericana. Su carrera literaria se inicia a mediados de la década de los cincuenta al publicar sus primeros ensayos, cuentos y obras dramáticas, entre las que destacan *La espera, Los ángeles se han fatigado* y, posteriormente, *La pasión según Antígona Pérez* y *Quíntuples*, ésta última con gran éxito internacional y traducida la inglés, portugués y francés.

La obra que ahora presentamos en *Periolibros* es su libro de cuentos *En cuerpo de camisa* (1966), edición de 1984, revisada y aumentada por el autor. *En cuerpo de camisa* reúne todos los atributos para ubicarse en las filas de la mejor cuentística contemporánea, a la vez que nos remite al oficio de quien sabe captar con asombrosa capacidad los sentimientos y padecimientos de un pueblo latinoamericano que mistifica y enaltece las distintas voces populares. En este recorrido podemos encontrar al bribón que finge su ceguera para vivir a costa de los parroquianos humildes; al niño que idealiza en la prostituta una representación más allá del erotismo, un anhelo delicado que cabe en el regazo de la ramera conmovida. Destaca también el relato del homosexual desdichado, asediado por la gente del pueblo, la pequeña hechizada por el tiovivo o la madre que finge locura para no caer en el pozo de su realidad agobiante.

En estos cuentos somos testigos del ejercicio narrativo de este brillante escritor borinqueño, caracterizado por un ritmo acelerado y a la vez preciso, y por un lenguaje que invita a la metáfora y a la conseja popular, misma que combina con eficacia. La brevedad de sus relatos confirman un talento demostrado en sus novelas *La guaracha del Macho Camacho* (1976) y *La importancia de llamarse Daniel Santos* (1988), y lo presentan como un notable recreador de atmósferas luminosas y personificaciones vitales, siempre con el color de los humores, las risas, los lamentos, la ternura, la celebración y el horror.

ÁNGEL HACHÉ

Destacado dibujante, pintor autodidacta y actor, Ángel Haché, nace en San Pedro de Macoris, República Dominicana en 1943. Su labor como artista es reconocida en todo el continente, donde ha expuesto en forma individual. Ha ilustrado varios libros de poesía y cuentos y participado en exposiciones colectivas realizadas en Europa y América. Sus últimos trabajos son un homenaje a la historia del cine, del cual es un apasionado investigador.



Fotografía: Miguel Villafañe



Al poner el libro, convertido en un suplemento de diario (el "Periolibro"), en manos de sus lectores, gracias a la inestimable participación de una red de prestigiosos diarios de Iberoamérica, la UNESCO y el Fondo de Cultura Económica, en cumplimiento de sus objetivos, dan un paso importante en beneficio de la integración cultural iberoamericana. De esta manera, grandes escritores iberoamericanos del siglo veinte, ilustrados por no menos importantes artistas del mismo espacio geográfico y cultural, llegan a millones de hogares al costo de un periódico. Nuestro agradecimiento a todas las personas e instituciones que han hecho posible tan noble esfuerzo.

Federico Mayor
Director General, UNESCO

Miguel de la Madrid
Director General, Fondo de Cultura Económica

Consejo Asesor
Jorge Amado, Alfredo Bryce Echenique, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Augusto Monterroso, Fernando Savater

Dirección Colegiada
Germán Carnero Roqué, Director de la UNESCO en México / **Adolfo Castañón,** Gerente Editorial, Fondo de Cultura Económica

Coordinador General **Manuel Scorza Hoyle**
Asesor Editorial **Alí Chumacero** / *Coordinadora Editorial* **Gabriela Vallejo**

Asesoría Técnica **Manuel Manrique Castro**
Diseño **Vicente Rojo, Rafael López Castro** / *Formación* **Alejandro Valles**
Supervisión **Ma. Ángela González, Manuel Nava Labastida**

Diarios Asociados

Página/12, Argentina; **Presencia,** Bolivia; **La Nación,** Chile; **El Espectador,** Colombia; **Juventud Rebelde,** Cuba; **Hoy,** Ecuador; **La Prensa Gráfica,** El Salvador; **ABC,** España; **El Periódico USA,** Estados Unidos; **Vista,** Estados Unidos; **La Prensa,** Honduras; **Aurora,** Israel; **Organización Editorial Mexicana,** México; **La Prensa,** Nicaragua; **La Estrella de Panamá,** Panamá; **El Sol,** Perú; **Diálogo,** Puerto Rico; **Listín Diario,** República Dominicana; **La República,** Uruguay.
Periolibros: Apartado Postal 105-133, Col. Anzures, C.P. 11591, México, D.F.

PERIOLIBRO No. 52
Periolibros es producido y está registrado en la ciudad de México / Impreso en Argentina / Enero de 1997



QUE SABE A PARAÍSO

Era lenta la danza, lenta la entrada al paraíso. Se había tendido boca arriba para gozar la desaparición de la luz, las manos bajo la nuca, sueltas del cuerpo las piernas. Pero la luz no se marchaba, seguía intacta en su vulgar cielo de vigas, solemne de lenta en la danza a que la obligaba el viento que subía de La Marina. La cabeza, fascinada por el despacioso movimiento, ejecutaba también un mínimo de vaivén, vaivén que achinaba los ojos y traía el querido mareo que anticipaba el desembarco del placer. Aunque esta vez, la milésima en una larga aritmética de jeringuillas, el mate divino se hacía esperar.

Una hora atrás, al ver a Pescaíto doblar la esquina de Luna y Cruz, sintió que libraba la tarde. Había echado la mañana trabajando la combinación pero la última redada tenía en chirola a media humanidad y los focos de siempre se veían desiertos, sin nadie animado a contestar la pregunta de unos ojos sin brillo en los.que la yerba dulzona, la tecata sabrosa y la puya salvadora habían levantado su altar de tristeza. Al mediodía, la picazón correteaba por las venas, arrastraba el temblor. Tuvo que recostarse de la pared próxima y esperar de la calle una esperanza. La calle le trajo a Pescaíto, viejo panita que corroboró la esperanza con un titular de a ocho columnas *–la tengo man, la tengo–*. Ahora, tendido boca arriba en el cuarto de Delia, esperando la entrada al paraíso, recordaba el alarde de Pescaíto *–víveme, ricamente elevado, víveme, víveme–* y recordaba el impulso de su cuerpo lanzado hacia adelante en un desesperado intento por quitarle el pasaje que lo llevaría al paraíso. Las imágenes huían, rápidas, como páginas enloquecidas de un álbum neurótico: Pescaíto en su alarde *–víveme, víveme, víveme–*, su cuerpo lanzado hacia adelante, la picazón dibujando la necesidad de la puya, la risa de Pescaíto subiendo a la par que su fiebre, el chillido intermitente de su garganta, el puño levantado al oír el precio, el precio otra vez, el precio siempre, como si el recuerdo embotara las otras imágenes, hasta que el cuerpo dio la vuelta quedando la cabeza entre los brazos, los ojos de espaldas a la danza solemne, el recuerdo del precio hecho pedazos.

La mano de Delia le trajo el consuelo callado. Delia estaba allí ahora, como estaba siempre para él. Delia estaba siempre con la miel en los ojos, sometida a su voluntad como animalucho viejo, conformado su deseo con los ronquidos que seguían a la postración. Delia volvió el cuerpo flaco hacia ella para acunar apretadamente la cabeza. El abrazo tenía agradecimiento. El abrazo tenía piedad. La mirada se volvió otra vez a la danza de la luz, que no era ya solemne, luz que se abismaba desde su vulgar cielo de vigas en entrega desfachatada a las paredes, que se escurría por las paredes, que se convertía en multitud de islas resplandecientes, luz que transformó la antigua y solemne danza en incontenible frenesí. La sangre, hechizada, culebreaba en las venas, la picazón arrebataba la tranquilidad, los ojos boqueaban. Rápida la danza, rápida la entrada al paraíso.

Hora y media atrás, al ver a Pescaíto doblar la esquina de Luna y Cruz sintió que libraba la tarde. Pescaíto la tenía arriba, bastaba con mirar el contentamiento de sus ojos para saberlo. No hacía falta que sacudiera el esqueleto y dijera *–la tengo man, la tengo, víveme–*, ni era necesario el resoplido constante, seña entendida para comunicar el encampanamiento. Bastaba con mirarle los ojos. Pardos, espejos crecidos que guarecían los mil cuerpos que tiene el placer, atolondrados. La risa habitaba aquellos ojos resbalosos que desnudaban la más celada intimidad. Los ojos de Pescaíto fueron los que clamaron el precio increíble por la puya saciadora, los que exigieron a la garganta que aventurara la palabra, palabra que se quedó en el aire, equilibrando sobre la mirada que Pescaíto enviara, mirada que él sostuviera desde los suyos, incrédulos. La palabra era Delia.

Delia estaba en el paraíso. Y Chino, el que lo iniciara en el sabor, y Pescaíto y Manolín y Bienve y Nicolás Gutiérrez. Y estaban como la primera vez, como si no fuesen muchos los años pasados. Y estaban las camareras del avión que lo llevó a Nueva York cuando se fue al vacilón del Barrio, y estaba el avión con su cola recogida como pájaro pudoroso y estaba el mar, aunque quedado en la puerta para no interrumpir con su oleaje la feliz reunión de tanta gente. Y estaba el reloj que empeñara el año pasado y el transistor que Delia le regalara para su cumpleaños y los mocasines que Delia le trajera una tarde fea y gris, los mismos que en seguida vendió a Chu Cabuya. Y estaba Chu Cabuya con el tajo impresionante que le hospedaba media cara. Y el decreto de la felicidad total se cumplía cabalmente, sin que por un momento palideciera, ni siquiera cuando Bienve empezó a besar los hombros de Delia, ni siquiera cuando Chino empezó a besar las manos de Delia, ni siquiera cuando Manolín empezó a besar los muslos de Delia, ni siquiera cuando Nicolás Gutiérrez empezó a besar las piernas de Delia, ni siquiera cuando Pescaíto empezó el derrumbamiento de Delia para efectuar la posesión absoluta. Era felicidad la orden, felicidad lo que emanaba de los cuerpos, felicidad la visita al paraíso.

Delia miraba la silueta, corrientazo sobre la os-

curidad forzada de las cinco de la tarde. Pescaíto avanzaba a vestirse. Delia miraba la silueta desde el piso de su crucifixión, negados sus ojos a ver otra cosa que no fuera la silueta, imponiendo a sus ojos una voluntad recia, escrutadora de cada gesto, de cada mueca estrellándose contra la pared. La silueta era toda para ella, como había sido ella toda para el hombre que ahora le decía adiós.

Dos horas atrás Pescaíto pronunció la palabra. La palabra era Delia. El puño no aterrizó en la cara de Pescaíto porque había agotado la reserva de fuerzas en la espera de la puya santa pero quedó levantado, como protesta muda, testigo del esfuerzo por romper la boca que ensuciara el nombre, puño que al alarde vicioso y tentador, *la tengo man, la tengo,* se fue transformando en mano amiga, mano que abrazó la espalda de Pescaíto en una aceptación de lo exigido, mano que inició el paso de los dos cuerpos en la tarde naciente y prometida. Delia dijo que sí, mordida de agruras, y sus oídos echaron rápido la llave para no percibir los tanteos de la jeringuilla ni el resoplido constante que anunciaba el encampanamiento. Ahora lo veía en el suelo, las manos bajo la nuca, sueltas del cuerpo las piernas, invitando con el vaivén de la cabeza al querido mareo que anticipaba el desembarco del placer, ahora veía a Pescaíto amontonado en una esquina en la espera del pago de la deuda, ahora se veía a ella misma abrazándolo con agradecimiento y piedad, ahora se veía a ella misma sonriendo a la sonrisa de él, ahora lo sentía, lo sabía: Lo quería viviendo el paraíso. Y al ver en el rostro de su hombre la inundación de la alegría, no pudo evitar un suspiro de hembra liberada. Porque él consagraba al letargo la intensidad de un loco amante, sin atadura con la realidad fea de Pescaíto y ella y el cuarto y el precio pagado por la puya, pleno de borrachera infinita. ¡Ella le regalaba ese mundo con sólo gemir un deleite! Y el gemido era un idioma que naciera de pronto para iniciar nuevas conversaciones. Ella para Pescaíto, Pescaíto para él, él para su paraíso, en un triángulo irrompible con resumen de eternidad. ¡Dadivosa con su carne! ¡Dadivosa como la madre tierra!

Fue el grito de la mano como un puñal enorme que se apeara del viento. Pescaíto detuvo su prisa. El sol de la hora, sumado a la luz de la bombilla, partía el cuarto en dos colores, quedando la mujer apresada en la opacidad, como un celaje de penumbra, como un misterio que apareciera y desapareciera para encantar, igual que la puya, que la mota, que la yerba. Pescaíto veía a Delia inmersa en la tibieza de la media luz, veía a la mujer tendiendo los brazos en súplica de regresos y se dejó invitar. Pero Delia habló de alquilar otras horas, otras tardes, otras jornadas de entrecortado aliento, mediante la entrega, otras horas, otras tardes, del impulso que diera vuelo al hombre en el piso, savia de paraíso para ofrendar al dios de las venas, puya prudentísima, puya venerable, puya laudable, puya poderosa, puya honorable, puya de insigne devoción, puya que ampara y protege. Los ojos resbalosos que desnudaban la más celada intimidad, asintieron. Y con ellos, Pescaíto todo. Una ráfaga de sol se llevó al hombre por las calles.

Delia ya no estaba. Ni Chino, ni Pescaíto, ni Manolín, ni Bienve, ni Nicolás Gutiérrez. Un dolor fuerte quedaba en la cabeza junto al querido mareo que anunciaba la partida del placer. Sacó las manos de bajo la nuca para frotarse las sienes. La saliva se le hacía tiza, del estómago le enviaban una fatal biliosidad. La luz, intacta en su vulgar cielo de vigas, empañaba el aire pobre que subía de La Marina y el cuarto se hacía espeso, claridad y aire mezclados. Quiso apagar la luz porque aún era de día pero la noche venida supo contestarle. Se recostó de la pared próxima a esperar que el piso se detuviera. Desde allí vio a Delia. Delia estaba allí ahora, como estaba allí siempre. Delia atravesó el cuarto y fue a arrodillarse junto a él, sembradas las manos por el pecho, como una deidad que iniciara el sacrificio. No entendía el ceremonial. Ni entendía la invasión de la sonrisa por todo lo que fuera Delia; ojos, traje, pecho, cabeza, piernas de Delia. Ni entendía la ascensión de Delia por sobre su cuerpo, mientras rezaba transportada: imañana estarás conmigo en el paraíso!

LA MAROMA

Esta mañana ha tenido la noticia. Si no es por la voluntad, redondo, al piso se va. Trampa le parece. Iba gozando tropezones cuando los brazos de seis alcahuetes y un bronco conserje se le subieron, pecho, hombros, espaldas, con una efusión loquísima que se permitía palmadas, chillidos, cabriolas. Unas gracias sin gracia de la boca le huyen, los trece brazos vuelven a meterse en fiesta corriéndole el pecho, los hombros, la espalda, hasta que, sofocado, escapa por una calle conocida, hace ya siete años.

Si aquel cristiano que lo limosnea llega a bien mirar, ve cómo las coyunturas se le hinchan. Del miedo que hace un momento le naciera. Ha de ser invención del pájaro malo. La cruz la hace con tres dedos, mientras da paso al cantío, que hoy no le sale sonoro, con la noticia de la mujer que tuvo parto de sapo rubio, castigo ejemplar a lavandera de Viernes Santo.

Con retazo de camisa, al fresco el enigmático ombligo, amarrado el calzón con el bejuco en turno, bulle, camina, tropieza pero, rápido, recula. Mucho que tropieza el maldito. Aunque miente la ceguera. También miente los ayes que marean los bolsillos y miente el vaporizo que le calcina las pupilas, desde el año que viniera con la historia de la mujer que se vestía con lazos de su amiga la diablesa, la misma que hacía ungüentos para alebrestar la honra de las honradas. En llegando lo agasajaron, el Cura con vino de consagrar, el Alcalde con el cigarro liado en San Lorenzo, obsequios que, acompañados del café de doña Ventura y las sobras de los melindrosos, vinieron a ser obligaciones diarias. Le fue tan de perillas que, aun sin casa, durmiendo sobre cartón y noche, hundió por allí sus raíces de vividor y vagonete, perdido hasta el nombre que era Miguel o Lebrón o Tomás, pues habiendo docenas de migueles, lebrones y tomases, el Ciego vino a quedarse.

Bienaventurados los ociosos, pensaba, mientras oía el tingalatín de alguna limosna. Bienaventurado el que, cerrando los ojos, ve la ceguera de los otros. Bienaventurados los que desprecian la pobrecita luz del sol que oscurece los perfiles de las cosas. Repetía la letanía con el gozo que sólo conocía su alma, gozo envejecido por los años que vinieron a ser los mejores de su vida, sin la preocupación del mantengo, acariciado por un benditaje que proporcionaba increíbles ganancias, gozo que esta mañana, con la noticia, se ha fermentado, trayendo el joven sabor a vinagre que le produce espasmos por el enigmático ombligo. Olvida, con la congoja, el repertorio de atrocidades que tanto gustan a los pechos calenturientos y repite diez veces los sucesos del mayordomo enterrado vivo y el del hombre que se comiera los sesos de sus hijos. Aquel que le grita que cambie el disco choca con un *a la orden* que no viene a cuento, otro extraña que no sonría siendo tan grata la nueva. A menos, guiña diciendo, a menos que no lo sepa, respondiendo él que sí, que lo sabe, que muy bien lo sabe, que requetebién que lo sabe, raro, distinto, enloquecido. Piensa guarecerse en algún rincón para cavilar el horror y planificar la salvación, tal vez huir lejos a empezar una nueva ceguera. Lo ha decidido cuando una vieja tragacristos lo abraza fuertemente mientras masculla corderos degollados e invoca la paciencia como virtud del buen cristiano. Otro, menos piadoso, exclama que a todo cerdo le llega su San Martín, la vieja tragacristos lo empuja para que se arrodille y salude el día grande, chirria el bastón al deslizarse con el amo. Ve, éste, a través de su ceguera, la berruga que muerde el labio de la decrépita, berruga que inicia la rimbombante jaculatoria en que se agradece al Altísimo la cosecha de vides. Al Ciego le asoman furiosas lágrimas que el gentío, arremolinándose, piensa de agradecimiento. El gentío crece como fuego, anidan las letanías en los hocicos, los ojos doblan la esquina cantando el grandioso *ya lo sabe.* Viene el Cura jadeando, levantando las sotanas hasta enseñar las piernas gambas, viene el Alcalde volando. La letanía ronda al Ciego hasta que el Cura llama a silencio. Callan los picos, dentellea terrible el fingido, sube apocalíptica, exultante, regocijada, la palabra del Cura y anuncia con gloria y fanfarria que durante la mañana se completó la colecta iniciada el día de los Inocentes para operarle los ojos a este santo y manso y buen hombre.

TIENE LA NOCHE UNA RAÍZ

A Mariano Feliciano

A las siete el dindón. Las tres beatísimas, con unos cuantos pecados a cuestas, marcharon a la iglesia a rezongar el ave nocturnal. Iban de prisita, todavía el séptimo dindón agobiando, con la sana esperanza de acabar de prisita el rosario para regresar al beaterío y echar, ¡ya libres de pecados!, el ojo por las rendijas y saber quién alquilaba esa noche el colchón de la Gurdelia. ¡La Gurdelia Grifitos nombrada! ¡La vergüenza de los vergonzosos, el pecado del pueblo todo!

Gurdelia Grifitos, el escote y el ombligo de manos, al oír el séptimo dindón, se paró detrás del antepecho con su lindo abanico de nácar, tris-tras tris-tras, y empezó a anunciar la mercancía. En el pueblo el negocio era breve. Uno que otro majadero cosechando los treinta, algún viejo verdérrimo o un tipitejo quinceañero debutante. Total, ocho o diez pesos por semana que, sacando los tres del cuarto, los dos de la fiambrera y los dos para polvos, meivelines y lipstis, se venían a quedar en la dichosa porquería que sepultaba en una alcancía hambrienta.

Gurdelia no era hermosa. Una murallita de dientes le combinaba con los ojos saltones y asustados que tenía, ¡menos mal!, en el sitio en que todos tenemos los ojos. Su nariguda nariz era suma de muchas narices que podían ser suyas o prestadas. Pero lo que redondeaba su encanto de negrita bullanguera era el buen par de metáforas –princesas cautivas de un sostén cuarenticinco– que encaramaba en el antepecho y que le hacían un suculento antecedente. Por eso, a las siete, las mujeres decentes y cotidianas, oscurecían sus balcones y sólo quedaba, como anuncio luminoso, el foco de la Gurdelia.

Gurdelia se recostaba del antepecho y esperaba. No era a las siete ni a las ocho que venían sino más tarde. Por eso aquel toc único en su persiana la asombró. El gato de la vecina, pensó. El gato maullero encargado de asustarla. Desde su llegada había empezado la cuestión. Mariposas negras prendidas con un alfiler, cruces de fósforos sobre el antepecho, el miau en *staccato,* hechizos, maldiciones y fufús, desde la noche de la tormenta en que llegó al pueblo. Pero ella era valiente. Ni la asustaba eso, ni las sartas de insultos en la madrugada, ni las piedras en el techo. Así que cuando el toc se hizo de nuevo agarró la escoba, se echó un coño a la boca y abrió la puerta de sopetón. Y al abrir:

–Soy yo, doñita, soy yo que vengo a entrar. Míreme la mano apretá. Es un medio peso afisiao. Míreme el puño, doñita. Le pago éste ahora y después cada sábado le lavo el atrio al cura y medio y medio y medio hasta pagar los dos que dicen que vale.

La jeringonza terminó en la sala ante el asombro de la Grifitos, que no veía con buenos ojos que un muchachito se le metiera en la casa. No por ella, que no comía niños, sino por los vecinos. Un muchachito allí afilaba las piedras y alimentaba las lenguas. Luego, un muchachito bien chito, ni siquiera tirando a mocetón, un muchachito con gorra azul llamado...

–¿Cómo te llamas?

–Cuco.

Un muchachito llamado Cuco, que se quitó la gorra azul y se dejó al aire el cholo pelón.

–¿Qué hace aquí?

–Vine con este medio peso, doñita.

–Yo no vendo dulce.

–Yo no quiero dulce, doñita.

–Pues yo no tengo ná.

–Ay sí, doñita. Dicen los que han venío que... Cosa que yo no voy a decir pero dicen cosas tan devinas que yo he mancao este medio peso porque tengo gana del amor que dicen que usté vende.

–¿Quién dice?

Gurdelia puso cara de vecina y se llevó las manos a la cintura como cualquier señora honrada que pregunta lo que le gusta a su capricho.

–Yo oí que mi pai se lo decía a un compai, doñita. Que era devino. Que él venía de cuando en ves porque era devino, bien devino, tan devino que él pensaba golver.

–¿Y qué era lo devino?

–Yo no sé pero devino, doñita.

Gurdelia Grifitos, lengüetera, bembetera, solariega, güíchara registrada, lavá y tendía en tó el pueblo, bocona y puntillosa, como que no encontraba por dónde agarrar el muerto. Abría los ojos, los cerraba, se daba tris-tras en las metáforas pero sólo lograba decir: ay Virgen, ay Virgen. Gurdelia Grifitos, loba vieja en los menesteres de vender amor, como que no encontraba por dónde desenredar el enredo, porque era la primera vez en su perra vida que se veía requerida por un... por un... ¡Dios Santo! Era desenvuelta, cosa que en su caso venía como anillo, argumentosa, pico de oro, en fin, ¡águila! Pero de pronto el muchachito Cuco la había callado. Precisamente por ser el muchachito Cuco. Precisamente por ser el muchachito. En todos sus afanados años se había enredado con viejos solterones, viejos casados, viejos viudos, solteros sin obligación o maridos cornudos o maridos corneando. Pero, un mocosillo, Santa Cachucha, que olía a trompo y chiringa. Un mocosillo que podía ser, claro que sí, su hijo. Esto último la mareó un poco. El vientre le dio un sacudón y las palabras le salieron.

–Usté e un niño. Eso son mala costumbre.

–Aquí viene tó el mundo. Mi pai dijo...

Ahora no le quedaban razones. Los dientes a Gurdelia, se le salían en fila, luego, en un desplazamiento de retaguardia volvían a acomodarse, tal la rabia que tenía.

–Usté e un niño.

–Yo soy un hombre.

–¿Cuánto año tiene?

–Dié pa once.

–Mire nenine. Voy a llamar a su pai.

Pero Cuco puso la boca apucherada, como para llorar hasta mañana y entre puchero y gemido decía –que soy un hombre–. Gurdelia, el tris-tras por las metáforas, harta ya de la histeria y la historia le dijo que estaba bien, que le daría del amor. Bien por dentro empezó a dibujar una idea.

–Venga acá... a mi falda.

Cuco estrenó una sonrisa de demonio junior.

–Cierre lo ojito.

–Pai decía que en la cama, doñita.

–La cama viene despué.

Cuco, tembloroso, fue a acurrucarse por la cama de la Gurdelia. Ésta se estaba quieta pero el vientre volvió a darle otro salto magnífico. Cuando Gurdelia sintió la canción reventándole por la garganta, Cuco dijo –oiga, oiga–. Pero el sillón que se mecía y la luz que era mediana y el vaivén del que no tiene vaca no bebe leche empezaron a remolcarlo hasta la zona rotunda del sueño. Gurdelia lo cambió a la cama y allí lo dejó un buen rato. Al despertar, como sin creerlo, como si se hubiese vuelto loco, Cuco preguntó, bajito:

–¿Ya, doñita?

Ella, como sin creerlo, como si se hubiese vuelto loca, le contestó, más bajito aún:

–Ya, Cuco.

Cuco salió corriendo diciendo –devino, devino–. Gurdelia, al verlo ir, sintió el vaivén del que no tiene vaca no bebe leche levantándole una parcela de la barriga. Esa noche apagó temprano. Y un viejo borracho se cansó de tocar.

ALELUYA NEGRA

Está la mulata tiznada con el trapero de colorín, sonreída de pies a cabeza, adobada con carmín y rouge, ¡los dientes blancos sentados en primera fila!

–Cuche, Güela.

El tum gatea por la arena y soba los oídos de la negrada.

–Condinao negro prieto que lleva el diablo por dentro.

La Abuela se rueda la mascaúra y ensucia el piso con el salivón apestoso.

–Condinao Carmelo. Ése lo hicieron encima e un bongó. ¡Y lo brincaron mucho!

El tum encarama por las barrigas redondas y surca el corazón.

¡Ay Bacumbé
de los tres pelos
Bacumbé!
¡Ay Bacumbé
que tengo celos
Bacumbé!

–Güela, déjeme dil.

–Mira agentá. Que eso son negro prieto que tienen el diablo por dentro. Tú no va.

–Bendito, Güela.

–Que le dije que no. ¡Tá presumía!

Salta el grito hondo por el pecho del timbalero y corren las hembras a chupar las uñas de los machos. ¡Caballeros que arrellanan la sentadera, locas que se maman la pupeta, vejigantes que se sorben los dedos, descaradas que enseñan los pezones!

–Güela, un chilín.

–Tá loca. Tú ere negrita de solar. Eso son negro de orilla que no se cepillan el trasero.

–Bendito, Güela, si es a ver.

La Güela Rufa aguza el pico, luego se rasca la cadera y rezonga por lo bajo.

–Todavía e que me convence la chusca. Bueno. Vaya y venga y no se detenga. Pero no se acerque mucho. Que eso negro llevan el diablo por dentro.

Sale corriendo la niña, soltando sudores que salpican la timba, escurriéndose por uvas playeras, los brazos extendidos, fugaz, gacela ahumada.

–Está pa dejarla sin espinas.

–Pa comela a cantitos.

–Pa dale el tumbaíto.

Está con la greña escondida, la greña pegada al coco, colorá, dura, grifa hasta en las cejas. Está viroteando las niñas, dando melao y suspiro, remeneando el nalgaje. Está tumbada en el suelo sacudiendo el azogue que el charol le ha puesto en el alma. ¡Y está tan fogosa que los cocos no se atreven caer! Está Caridad, asombrada, contemplando la dentuda mascarada que chispea alegría en su procesión rumbosa

¡Ay Bacumbé
de los tres pelos
Bacumbé!
¡Ay Bacumbé
que tengo celos
Bacumbé!

Los pies se desgonzan en brincos, cabriolas y culivicentes. La noche orquesta compases y los timbaleros sangran por los dedos de tanto azotar.

¡Ay Bacumbé
qué tié la hembra
Bacumbé!

Salta Caridad por entre las pencas viejas y se muda por entre la luz de las estrellas, por el marco que le hacen dos palmas largas. Y la ve Carmelo el Retinto, el negro más resabioso del palmar. Siente un julepe por las verijas, un jamaqueo de ansias, jaibería, malamaña. La ve culidando en la arena y la sueña para latirla pecho con pecho, para sembrarle los dedazos en la pulpa que le adivina en los muslos.

–Oye negrita, déjame ponerte almíbar.

Caridad se persigna y dice –San Alejo, aléjalo, Santa Clara, aclráralo.

Caridad echa a correr y el palmar se repulga de gritos y ayes.

–¡Está de a galón!

–¡Guaraguao, pa chupale hasta el meao!

–¡Pa dale su atol!

–¡Pa sacale la saliva puel cholo!

¡Es la aleluya zarrapastrosa de los prietos, es la voz jedionda de la orilla que desconoce las buenas costumbres de las negritas emperifolláś, las negritas relimpias que no se revuelcan con nadie, las negras resbalosas que no le enseñan el ombligo ni al cura de confesión!

–¡Por la orilla está la piquinina!

Rompe el tum en repique y culebreo. Tum en los cocos. Tum en las pencas. Tum en las palmas. Tum en la arena. Tum en las bocas. Tum en las almas. Caridad se detiene, agitada. Los negros prietos se limpian las ganas mientras se enchumban en el Río Grande buscando al dios nuevo: Bacumbé, dios de garabato y embeleco que lo mismo cura el empacho que jeringonza la oración, un dios chistoso que destila aguardiente, dios hermosamente negro, benditamente negro, maravillosamente negro. Los bembes se estiran hasta el agua para aplacar el cansancio.

¡Ay Bacumbé
de los tres pelos
Bacumbé!

Caridad espatarra los ojos y el hociquito redondo le comienza a temblar.

–Condinao negro que piropan a mí, que soy linda y bonita. Tan apestoso, que no se ponen crema en la sobaquera. Condinao negro que llevan el diablo por dentro.

El tum es alarido salvaje. Va a abrir la boca pero siente cinco dedos sobre sus labios. El grito es ahogado por la mano nudosa y ancha. Ahora siente el tum alejándose hasta hacerse una punzada.

–Déjeme, déjeme.

–Te voy a dar lo tuyo.

–Déjeme, espantajo, que tiene el diablo por dentro.

Se hallan por el suelo, las bocas revientan en sangre, las barrigas se friccionan, las manos se abren en pellejo y piel.

–Ya tú verá.

Caridad siente la flor despuntando y solloza compases de tum triste. Oye la voz de la Güela –eso negro tienen el diablo por dentro–. Oye la respiración de Carmelo el Retinto pisoteándole la nuca.

–Taba bueno.

La lengüeta le barre las babas.

–Taba bueno.

–Cállese.

Y se levanta espantada por lo que piense la Abuela cuando sepa que ahora ella también es de la orilla, también con el diablo debajo de la piel.

–Vamos.

Corren las sombras hasta llegar al Bacumbé de los tres pelos.

Los más se saborean.

–Negro pechú.

–Se la comió.

–Negro bribón.

Caridad salta el bailoteo y enfila hasta la casucha de Colasa.

–Abre, Colasa y prepárame un yerbajo o sácamelo con ganzúa o con retama o con cuchillo pero déjame la telera limpia.

La Colasa abre los discos y la santigua.

–Qué es.

–Carmelo el Retinto me dejó el diablo dentro.

Colasa se encierra en su cuarto de raíces. Caridad sigue oyendo la voz de la Güela.

–Bebe.

Como el fuego a la carne que desgarra. Un dolor hondísimo que le hizo la entraña de llaga viva. Por cada miembro sintió la hiel arrastrando agua y sangre. Tuvo que abrir las piernas, como si jugase a brincar la tablita. Y sintió el diablo bajarle.

Cuando salió de la casucha vio que la luna era llena. Caminó dos o tres solares. El tum pitaba a lo lejos su sortilegio. Güela estaba en la puerta.

–Condinao negro. ¿Verdad que tienen el diablo por dentro?

Caridad siguió hasta el camastro y se enterró en las sábanas.

Güela preguntó:

–¿Verdad que tienen el diablo por dentro?

El sonsonete resonó por las palmas. Caridad se volvió boca arriba. Por la rendija del techo se colaba una estrella. El Bacumbé revoloteó hacia la amanezca. Güela preguntó por tercera vez.

–¿Verdad que tienen el diablo por dentro?

Pero ya la mulata soñaba.

MEMORIA DE UN ECLIPSE

A Luce López Baralt

Las letras despaciosas y antiguas suben por todo el recuerdo formando la amorosa firma. Va a sonreír, ya el labio desgaja, cuando una voz trepa el aire.

–Elvirita, los ojos.

Rápido, la mirada se llena de gente. Más de una vez se repite a sí misma: no cerrar los ojos, no cerrarlos delante de la gente, quedarme aquí un momento, luego, despierta, seguir por la acera, por el fuego riguroso de unas once tropicales, mejor once y pico, once y pico siempre, no venga antes doña Elvirita, los sacos de la capital llegan sobre las diez cerradas, después la clasificación, el bulto del cartero, los apartados, las ventanillas, la entrega inmediata, el café que una empina, así que a las once y pico, largo el pico.

Las letras despaciosas y antiguas huían de la Fañosa que despachaba las cartas, con el cierto temor alimentado por veinte años, veinte hacían ya, desde aquel en que el periódico, junto al anuncio de la traición japonesa, galantemente dijera:

"Caballero honorable desea corresponderse con dama exquisita que aún sueñe."

–Elvirita, los ojos.

Mirar todo. La calle. La gente. La pared en el sitio de siempre. Atrio de la iglesia. Por la señal de la Santa Cruz. Y ella graciosamente recostada de la pared para disimular que espera. Al mirar el relojísimo de la iglesia, por la señal de la Santa Cruz, le viene un chorro de asombro. El muy loco marca el cuarto para las once, faltando entonces la media exacta, no venga antes doña Elvirita, los sacos de la capital llegan sobre las diez cerradas, después la clasificación, el bulto del cartero, los apartados, las ventanillas, la entrega inmediata, el café que una empina, así que a las once y pico, largo el pico. ¡Como si nada tuviera que hacer! Conservar, en las horas que tenga el día, las primicias de su cuerpo otoñado, colorante para el pelo canoso, carmín tenue que devuelva frescura a las mejillas, limón nuevo para borrar las huellas de una vejez, francamente prematura, el espejo no me retrata vieja, no, no me retrata vieja; sacudir el polvo que duerme en las cartas; las del cuarto de atrás, anteriores al asunto de Hiroshima; las que escondiera en el patio el día que los hombres hicieron la revolución nacionalista; luego, todas las que vinieron bajo la amenaza constante de la guerra tercera, hasta llegar a las últimas, la del lunes –soy sin ser siendo sin ti–; la del martes –también se duele el mar–; la del miércoles –en brisa y viento, ven–. ¡Y poco sería si fuera eso todo! Pero, y las que iban, las de ella, habladoras como río, decidoras de amor, la del lunes –morir en la vida, no en el sueño–; la del martes –eternidad yo te poseo–; la del miércoles –hazme un sitio para vivir colgado de tu alma–, cartas que se sacaba de la entraña, siempre a siempre, desde la vez en que los japoneses, amarillos, perversos, bombardearon a Pearl Harbour y el periódico, al lado de la noticia de la traición y el desastre, galantemente dijera:

"Caballero honorable desea corresponderse con dama exquisita que aún sueñe."

Al llamado, el mohíllo de su alma sacudió la modorra. Y el caballero honorable, escondido tras las letras despaciosas y antiguas, hiló pasión honda en su pobre corazón, aquel corazón cuya sístole se alteró con las comas y acentos de un ritmo que ella quería despacioso y antiguo, ritmo que supo decir me he remendado el alma con las palabras que escribieron tus labios.

–Elvirita, los ojos.

¡Manías! Llega a creer la gente que duerme de pie. Como si ella no supiera que se duerme sobre la cama después de leer las mil cartas que, diariamente, envía el Caballero de la Triste Figura. Lo demás es beber cenizas. El labio desgaja. Completa, ahora, la sonrisa.

Dijo así él. Beber cenizas. Hoy, esperando que el relojísimo de la iglesia, por la señal de la Santa Cruz, las once, a Dios gracias, marque la hora precisa, viene a recordar la carta aquella, el primer enojo, pequeñito dolor, miedo, qué más, algo de angustia, en que ella le pidiera que borrara el Triste triste de su nombre porque estando ella la tristeza no era.

–Adiós, Elvirita.

–Adiós, Primavera.

–¿Cuándo te casas?

–Matrimonio y mortaja del cielo bajan.

–Adiós, Elvirita.

–Adiós, Primavera.

Levanta un tanto la mano, vacío el gesto, mientras Primavera, vestida como siempre, de sonrisas, se pierde calle arriba. Quiere mover Elvirita la mano para cargarla de afecto, ¡adiós Primavera! grito que homenajea lo bello, lo que no merece estar en el menú del tiempo. Pero ya Primavera dobla la esquina, vestida como siempre, de sonrisas, y no oye, no puede oír a Elvirita, quedada en la orilla más honda de su mortal soltería. Al bajar la mano acuesta la vista en una calle que, rápidamente, edifica el recuerdo, calle de los años que se almacenan en postales, años de las películas del fulano Chaplín, de los charlestones que afinara la gramola de manigueta, de la guerra pomposamente llamada primera, de los huracanes santos –Felipe, Ciprián–, años viejos en los que el cuerpo maduró nuevas formas y el alma, peor enemigo, empezó la extraña búsqueda, bajo el domingo chiflado de luces patronales y muselinas y tafetanes y satenes que recién despertaban en las señoritas la loca apetencia del riguroso aparentar. Años de los partidos de reconocida valía, el hijo del Alcalde, el hijo del Médico, el hijo del Abogado, mozos patilludos que susurraban adioses frente al vaivén de unos ojitos que decían que sí y que no. Ojitos de Albertina Cuadrado diciendo que sí. Ojitos de Emilia Díaz Ginorio diciendo que sí. Ojitos de Primavera Fonseca diciendo que sí. ¡Pero nunca los ojos de Elvirita! Elvirita miraba el punto encendido en la lejanía. Elvirita no se quería pretendida de quien no viniera del misterio. Elvirita deseaba ir, carrera sin freno, a los brazos de alguien remoto, sin pasado, nacido para ella, nacido de una completa, total, absoluta locura de amor. Y decía que no sobre la marcha nupcial convertida en rumba sabatina. Decía que no, frente a los castillos que, uno a uno, los mozos le dibujaban. Decía que no sin oír el corito guasón que las íntimas hacían: pobre Elvirita, pobre Elvirita, pobre Elvirita, esperando, esperando.

La salmodia crecía año y año y más año, viéndola ir olorosa a treintena, trepados los ojos en lo alto, como si bajara de algún bergantín de Hernán Cortés, resquebrajada de alcanfores, curiosa de mares hipnóticos, envuelta en las postrimerías de la tal Isabel la Católica, sin importarle que las carnes se le escurrieran, soñando el ser emergente del milagro, ser que trajera leyendas de edades remotas, ser que supiera a infinito. Pobrecita Elvira, maullaba el cura que la oía confesar pecados incoloros: que si he olvidado el triduo, que si no hice la genuflexión cuando cruzaba el altar mayor, que si no fui generosa con la ofrenda. Pobrecita la Elvira, ladraba la corteja del Alcalde, con el quejido que le goteaba de su matriz cancerosa. Pobrecita la doña Elvira, escupía el Mongo apestoso al jurar, chiste y puñal, que si el empeño era grande él le hacía el favor. Pobrecita la cuarentona, chillaba la mujer del Sacristán cuando enseñaba la ficha bautismal que la ponía a nacer en el cinco.

Al pasarse la mano por la cara toca el medio siglo acurrucado. Vuelve a mirar la esquina que se tragara a Primavera y el suspiro le lleva los ojos al relojísimo de la iglesia, por la señal de la Santa Cruz, que estira el pico de las once. Bajo el fuego de esas once tropicales, peregrina.

Fiesta se le hace el calor. Calor que no importa. En fin, nada importa des-

de la perfidia japonesa. Importa el paso rápido para apresar en las manos el montón de caricias, ¡que otros llaman palabras! Suyas siempre. Tropieza con el sabrosón crispé, sabrosón crispé. Echa hacia atrás medio paso y de Ponce llega pulpa de quenepa. Sigue sin mirar el pan caliente suplicando diente. En llegando al correo, gofio en cucuruchos.

Once y pico siempre, repite la Fañosa mientras las letras despaciosas y antiguas huyen con el cierto temor alimentado por veinte años, veinte hacían ya, desde aquél en que el periódico, junto al anuncio de la traición japonesa, galantemente dijera:

"Caballero honorable desea corresponderse
con dama exquisita que aún sueñe."

La Fañosa baraja las cartas como hechicera y al entregarlas ni siquiera dice algo. Pero Elvirita lo perdona todo. Menos que la Fañosa equivoque la correspondencia. Devuelve el sobre blanco con gesto desabrido y pide, airosa, que se corrija el error. La Fañosa, las letras despaciosas y antiguas huyendo, asegura que nada ha sido alterado. Entrega, como cada once y pico de cada mañana, la carta que, de la capital, sobre las diez cerradas, llega. Elvirita, al mirar el sobre nuevo, se aguanta de la ventanilla. Muda tanto el color que la Fañosa se asusta. Las manos se le hacen vivo aleteo al rasgar allí mismo el sobre del llamado Club de Corazones Solitarios, carta sin letras despaciosas y antiguas, carta corriente, ordinaria que se escribe para comunicarle, con gran pena, que el miembro llamado Caballero de la Triste Figura ha muerto. Rompe la palabra. Rompe también la boca apretándola con la mano. Y sale en galope sin hacer caso del pan caliente suplicando diente, corriendo, la carta estirada en amarga bandera, cayendo a su paso un diluvio de *pobrecita*, el sol de unas once tropicales perforando el pellejo, arrastrando en la carrera un pecho que pesa la tonelada, hasta llegar al cementerio donde, por veinte años, ha enterrado sus ansias.

El cuchillo es la brújula. Para llegar al rincón del corazón que arrendara el Caballero de la Triste Figura. Cava por esa tierra. Lento. Hasta que un alivio conocido, el mismo de las once tropicales, desde la traición japonesa, la inunda. El techo salta. Cava más tierra suya. Tres ventanas abrazadas se marchan. Las manos de Elvirita, con la brújula, también escapan. Viaja la sangre, el amor. Levantan vuelo las cartas; las del cuarto de atrás, anteriores al asunto de Hiroshima, las que escondió en el patio el día que los hombres hicieron la revolución nacionalista; luego, todas las que vinieron bajo la amenaza constante de la guerra tercera, hasta llegar a las últimas: –la del lunes– soy sin ser siendo sin ti; –la del martes– también se duele el mar; –la del miércoles– en brisa y viento, ven. ¡La del miércoles! ¡En brisa y viento, ven! Abre el surco y allá, corazón, parece asomar, cuando la luz débilmente, se evapora. No queda nada. El corazón, pobre y pequeño, se ha ido. Y las letras despaciosas y antiguas. ¡Y la vida!

LA MALAMAÑOSA

A Ramón Arbona

La sala se atestó de pésames. Todavía andaba el finado en brete de calenturas y ya se avivaba el tajureo de aguardientes, anisados y salchichones. Las aves iniciaron la emigración. Una tropa de mantos se comió a la huérfana que se llamaba María Crucita. El nombre se lo puso el finado porque siendo chancleta la esperaba un sufrir.

La nenina Cruz no entendía bien de hipos mujeriles. La nenina Cruz veía al finado en la caja y, majadera, preguntaba que de quién se escondía. Hay que soltar ahora que la nenina Cruz secuestró el corazón del finado dándole en plato diario suculenta zalamería. El finado, para leer, tomaba prestados los ojos de la nenina. Y si la nenina se antojaba de subirse a la luna el finado le ponía la escalera.

La nenina Cruz miraba la caja con su poco de atolondramiento. La nenina Cruz, con palabra gaga, hablaba de una machina de caballitos que llegó ayer a Humacao y juraba que su Papito prometió montarla en el caballito blanco de Napoleón. Una diplomada en piedad razonó, para borrarle la esperanza: tu Papito se ha ido de viaje.

Y la nenina Cruz, cuatro años y una carita lavada por el asombro, desmentía a grito limpio:
–Verdad que tú no vas al viaje.
–Verdad que viaje no hay.
–Verdad que hay caballito.
Una, dos, cien veces. Confiada.

LA MUERTE MINÚSCULA, LA MUERTE MAYÚSCULA

A Tomás López Ramírez

El disparo le hizo un roto en la sien. Con el primer aluvión de sangre se le fue la vida. Una máscara roja le creció por la cara, la cara muerta de Cariño Rodríguez. Corrió. Hasta que el espanto mordió la carrera y el corazón clavó el freno. Los ojos regresaron, vertiginosamente. Después, lentas, las piernas regresaron. Cariño estaba muerto. Muerto con la boca grimosa. Muerto con la mano en el bolsillo, la izquierda, la que guardaba la perrita de apostar a cara o cruz *–una cervecita a que tiran la atómica en Vietnam–*. Eso fue lo último que dijo porque en seguida apareció el roto en la sien. Ahora emigraba una hormiga al roto, ya subían otras, la primera se atragantaba de sangre. Miró a todos lados. Nadie. Fue archivando miradas en rápida sucesión. A la mirada aparejó un *nadie* poderoso que puso ritmo en la tarde, *nadie* que le sacó de un golpe los miedos coleccionados desde que Cariño se fue al piso. Una gota de sudor flaco le bajó de la tetilla al costillar. Miró otra vez el cuerpo de Cariño. Y no lo creyó.

El tiro salió del lado derecho porque el roto quedaba en la sien derecha. Pero en aquel lado no había una rama que escondiera cinco dedos. Ni una hoja. Ni un árbol. De la izquierda resultaba imposible. El tiro lo hubiese tumbado a él pues caminaba hombro a hombro con Cariño. Así que el asesino...

La palabra era graciosa. *Asesino.* Hacía cosquillas por todo el borde del corazón. *Asesino.* Se enredaba por los dientes. *Asesino.* La sonrisa le rajó una pulgada de labio. Aquella gota de sudor flaco mudada recién al costillar le dio una cuchillada, ras, para abajito. Frío. Mataron a Cariño Rodríguez. La primera vez que lo mataban. Como decir que alguien usó la vida de Cariño Rodríguez. Y arriba el sol. Y abajo la tierra.

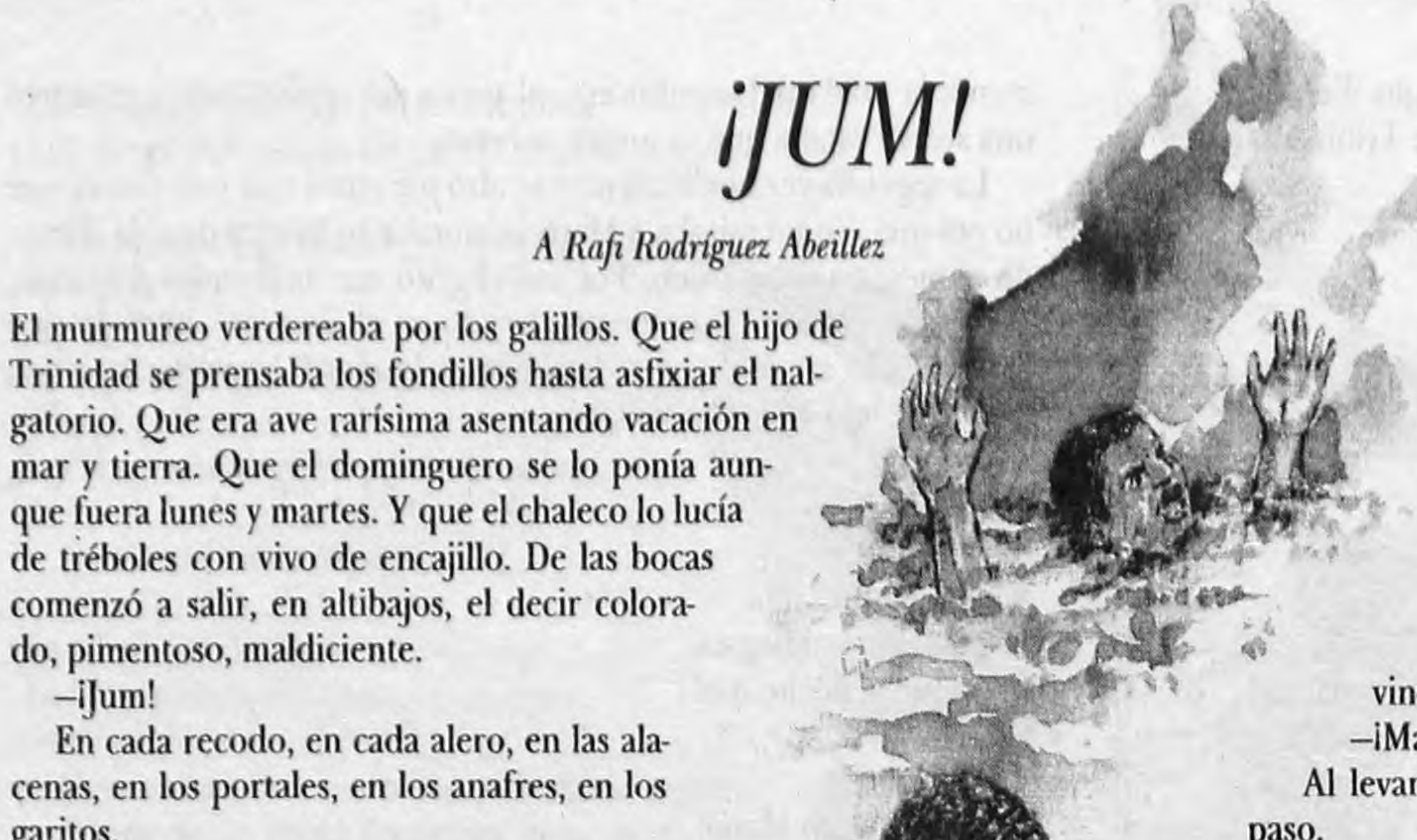
Lo mejor era regresar, dar el aviso, soltar la terrible novedad, que mataron a Cariño, que el disparo le hizo un roto en la sien, que no había asesino aunque había asesinado, repitiendo su asombro del primer momento, aquél en que vio a Cariño caer con el roto en la sien, no sólo repetir el asombro sino aumentarlo, hasta borrar cualquier duda que pudiera surgir, sin tener que oír el relampagueo de los párpados, ni el marullar de la saliva en la garganta, ni el choteo de las manos, ni la acusación mascullada torturándole la ropa, la carne, el alma. *Miré hasta cansarme pero no había en el suelo una pisada, que no fue nadie, que sí fue alguien, que no vi nada, que no vi nada, que no vi nada,* suplicando a cada cual un préstamo de confianza, hasta que el chusco aquel, aquél o cualquiera, gritó –deja ese cuento chino–. La avalancha de iras comienza a moverse, diente por diente, diente por diente, diente por diente, hasta cercarlo, cercarlo, cercarme, *cercarme.*

La patada cayó sobre la sien, patada solemne. Si Cariño dijera –él no es mi asesino–. Pero Cariño, con el bam asqueroso, entró al mundo de los que no dicen, dejándolo enredado en el asuntito de su muerte. Cabrón el Cariño. Cariño se dejó matar para legarle el líto, para obligarlo a mamarse la perpetua. Para eso el paseo. Cosa de joderlo. No. Nadie creería en su inocencia. Mejor decía la verdad. Perdón. La verdad que no era. Caminó hacia el cuartel. Acabó por mal reír. A las dos Cariño dijo: el día está lindo. Y se fueron al campo.



¡JUM!

A Rafi Rodríguez Abeillez



El murmureo verdereaba por los galillos. Que el hijo de Trinidad se prensaba los fondillos hasta asfixiar el nalgatorio. Que era ave rarísima asentando vacación en mar y tierra. Que el dominguero se lo ponía aunque fuera lunes y martes. Y que el chaleco lo lucía de tréboles con vivo de encajillo. De las bocas comenzó a salir, en altibajos, el decir colorado, pimentoso, maldiciente.

–¡Jum!

En cada recodo, en cada alero, en las alacenas, en los portales, en los anafres, en los garitos.

–¡Jum!

Por las madrugadas, por los amaneceres, por las mañanas, por los mediodías, por las tardes, por los atardeceres, por las noches y las medianoches.

–¡Jum!

Los hombres, ya seguros del relajo, lo esperaban por el cocal para aporrearlo a voces.

–¡Patito!

–¡Pateto!

–¡Patuleco!

–¡Loca!

–¡Loqueta!

–¡Maricastro!

–¡Mariquita!

Las mujeres aflojaban la risita por entre la piorrea y repetían, quedito.

–¡Madamo!

–¡Mujercita!

Hasta el eco casquivano desnudó su voz por el río con un inmenso jjj uuu mmm. El hijo de Trinidad, cansado de la chacota, se encerró en su casucha a vivir a medias.

El sueño se alternaba de niña a niña hasta que el sol daba el campanazo. Entonces, otra vez las voces.

–¡Que se perfuma con Com Tu Mi!

–¡Que se pone carbón en las cejas!

–¡Que es mariquita fiestera!

–¡Que los negros son muy machos!

–¡Y no están con ñeñeñés!

La Ochoteco, que le daba la fiambrera, le mandó un papelito diciéndole que estaba enferma y que no cocinaba más. Perdolesia le trajo las camisas planchadas y se quejó de la reúma. No se llevó las sucias. Lulo el barbero le dijo que no le tocaba el pasurín. Y Eneas Cruz compró alambre dulce para marcar la colindancia.

El hijo de Trinidad se quedó largo rato con el coco en el limbo. Luego, escondió el rostro en el hombro derecho. Así, callandito, callandito, lloró. El hijo de Trinidad decidió irse del pueblo.

El murmureo florecía por los galillos. Que el hijo de Trinidad se marchaba porque despreciaba los negros. Que se iba a fiestar con los blancos porque era un pelafustán. Y que se había puesto flaaacooo para tener el talle de avispa. En cada esquina, los hombres se vestían la lengua con navajas.

–¡Que el hijo de Trinidad es negro reblanquiao!

–¡Que el hijo de Trinidad es negro acasinao!

–¡Que el hijo de Trinidad es negro almidonao!

Las mujeres, entre amén y amén, sacaban el minuto para susurrar.

–¡Mal ejemplo!

–¡Indecente!

–¡Puerco!

–¡Que es un cochino!

–¡Que es dos cochinos!

–¡Que es tres cochinos!

El hijo de Trinidad ni prendía el fogón para no molestar. De sol a luna bajo el mismo techo. De sol a luna como muerto en la tumba. De sol a luna como monja en el claustro. De sol a luna desgarrando cicatrices. Así, hasta el día pensado.

El murmureo daba cosecha abundante. Que se iba de noche para no decir adiós. Que se fugaba con un fulano cochambroso. Que escupía el recuerdo de los negros. Los hombres se apostaron alrededor de la casa.

–¡Rabisalsero!

–¡Quisquilloso!

–¡Fantoche!

–¡Mimoso!

Las mujeres trajinaron con latas de café y cucharadas de insultos.

–¡Ponzoñoso!

–¡Remilgado!

–¡Blandengue!

–¡Melindroso!

–¡Añoñao!

El hijo de Trinidad esperó que fuera bien noche y salió con un lío en la mano: el traje de hilo, el petrolatum, el polvo *Sueño de mayo*, la esencia *Come To Me*, la peinilla, la sortija. No bien hubo dado tres pasos se le vino encima una sombra y le asestó la palabra.

–¡Malamañoso!

Al levantar la vista vio dos sombras flacas que le impedían el paso.

–¡Mariquita!

–¡Fiestera!

Luego, a la izquierda dos –negrito presumío– y dos más a la derecha –negrito relamío–. Se detuvo. El corazón, pum pum. Por la noche se escurrían las sombras. Por los recodos, por los aleros, por los portales. Más, más, más sombras hasta borrar toda luz, dejando la noche sin arrullo ni estrellas, horrible noche lampiña.

Lo empujaron. Los dedos de una mano. Supo el sabor de la tierra. La risa desgajó las quijadas de la comarca. El murmureo era dardo y lanza.

–¡Jondéate pal infierno!

–¡Que no vuelva!

–¡Ni vivo ni muerto!

Las mujeres hacían el coro chillón.

–¡Que no vuelva!

–¡Que no vuelva!

–¡Que no vuelva!

Pudo levantarse. Virojeó para cada lado. Las sombras se multiplicaron como huevas de lagartija. De una, dos y de dos, cien. Siguió.

–¡Ajotarle los perros!

La voz subió ronca y fue a explotar, justamente, en sus oídos. Lo esperaron. Satos sarnosos, satos tucos, satos cojos, satos con el guau en el hocico, en el lomo, en las patas. La jauría lo empujaba trecho abajo. Era una procesión. Él y los satos. Después, el pueblo. O mejor, el pueblo, después él, después los satos y al final, otra vez y siempre, el pueblo. Más sangre, más dolor, más risa, más voces, más sombras, más sombras negras de negros, más caras negras de negros, más lenguas negras de negros.

–¡Que no vuelva!

–¡Que no vuelva!

–¡Que no vuelva!

El hijo de Trinidad se retorcía como un garabato.

–¡Que no vuelva!

–¡Que no vuelva!

–¡Que no vuelva!

Extendidos los brazos como cruces.

–¡Que no vuelva!

–¡Que no vuelva!

–¡Que no vuelva!

La sangre calentando por la carne.

–¡Mariquita fiestera!

El dolor abierto en la noche sin ojos.

–¡El hijo de Trinidad
de la pasa estirá
es marica na más!

Llegó al río.

–¡Mariquita!

–¡Mariquita!

–¡Mariquita!

El agua era fría y la sangre era caliente.

–¡Cochino!

–¡Marrano!

–¡Cochino!

Los satos asquerosos se quedaron en la orilla. Las sombras también. Y las voces hirientes.

–¡Mariquitafiesteramariquitafiesteramariquitafiestera!

Las mujeres todas. Los hombres todos.

–¡Que no vuelva!

–¡Que no vuelva!

La sangre y el agua se gustaron. Menos voces, que, menos guau, no, menos sombras, vuelva. El agua era tibia, más tibia, más tibia. Las

voces débiles, más débiles, más débiles. El agua hizo glu. Entonces, que no vuel-va, que no vuel-va, que no vuel-va, el hijo de Trinidad

glu...
que
glu...
no
glu...
vuelva
glu...
se
glu...
hundió.



LA RECIÉN NACIDA SANGRE

A Henry Cobb Gorbea

Pues señor, que estaba cansado de treparse el muerto al hombro. Lo decía hasta agotar la voz.

–Que los muertos largan una sombra que sigue con uno siempre.

–Que el vientre de ella era una tumba.

–Que yo mismo me quería enterrar para matar mi sangre.

Éste era el cuento de Pepé Dolores, los ojos alicaídos, el overol acribillado, experiencia en la vaina de Corea.

–Que si no hubiera dicho que otra vez.

–Que si aquella nube negra no se me para en los ojos.

–Que si no hubieran cuchillos.

–Y porque yo era un asco de flores marchitas.

–Y porque el sepulturero era el mismo siempre.

–Y porque mis hijos eran los mismos siempre, siempre, siempre.

Hacía una autopsia a esa palabra. Era la pausa para encender el *Chester,* pues con el corazón de ese siempre y las vísceras de ese siempre se ponía a jugar un fatigoso rato. Después, ataba al siempre un *Marcela tuvo la culpa* y de allí en patines hasta el final.

–Marcela tuvo la culpa.

La acusación volvía los rostros distraídos, la atención se regalaba a la boca que prometía imprecaciones.

–Cuando dijo por primera vez que estaba encinta yo me puse colorao. Un cariño redondo me aleteó por los brazos y fui a cobijarle la boca a besos. Los hijos son la flor que nace de uno. Ni la dejaba que amagara un esfuerzo, ni que tosiera fuerte, ni que sacara agua de la tina. Aquieta el paso, duerme de día, no hagas gran cosa. Me fui a dormir al piso para no darle mal sueño ni a ella, ni a Pepé Loló, que era el nombre que tenía pensado porque iba a ser machito. La falda crecía y le levantaba un balconcito, los pechos se maduraban. Hasta el amanecer en que le vino la parición y me espetó la palabra: MUERTO.

Yo meneaba la cabeza. Eso de que un hijo nazca muerto huele a sabotaje. Ella lloró tres días, yo ni uno. Pero cuando me fui al cementerio, la cajita al hombro, la tierra tucutúm, tucutúm, tucutúm, en un caer acompasado que era doble de campanas, las tres florecitas en mi mano, la azada del sepulturero, el perro del sepulturero, me agarró una sosera espesa que ya nunca se borró.

La segunda vez que el vientre se alzó me entró una contentura que no era mía. Yo no miraba a Marcela, miraba su fábrica de vida. Llegado el mes, no dormíamos. Por eso el grito me sorprendió despierto, grito seco, como si le hubieran clavado en el alma un alfiler de cien yardas. Se lo saqué de entre las piernas, lo mordí largo por la carita, me quedé lelo mientras cantaba.

¡Ay son
ay tururete
ay calentura mía,
desde que tú llegaste
no fue la noche fría!
¡Ay son,
ay, tururete
ay, ay Virgen María!

Pero ni eso regresó la vida de mi Pepé Loló. Dos Pepé Loló que se morían. Peor. Ni se morían, sino que venían muertos, como juguete dañado de la Sears.

¡Al tercero, aquel miedo negro! ¡Aquella penitencia en la voz! La calor que uno bota cuando tiene miedo. La camisa suda sola. El reloj suda solo. Cuando ella parió el alarido, hijísimo de la muerte, yo le pregunté a Dios que por qué.

La cajita en el hombro pesaba ochenta libras. Tres florecitas tronchadas en mi mano fría. Repetición de tumbas. El sepulturero me dijo un hasta pronto que me encerró en la vena el peor aire.

Mi mujer y yo nos mirábamos sin confianzas. Marcela y yo poníamos las espaldas a mirarse. Ésa y yo, ni un chavo de palabra. Yo entraba a la casa pero me quedaba fuera, me quedaba entre las sombras del camino, me quedaba entre las sombras. Yo entraba pero me ponía chiquito para que ella no me viera. Así por dos lunas completas. Después en una noche mansa en que el calorizo puso fuego por las sábanas, tropezaron nuestros cuerpos. La lucha no se hizo aguardar. Mis manos la anduvieron toda, dejé pedazos de labio por el cuerpo asesino y con los labios, semilla mía dañada.

Allí mismo comenzó la vigilia, preso cada quien del ojo ajeno. Hasta la noche que su voz me subió por la oreja. Letra que me saco de la garganta, letra que me quito de la mirada, hasta sumar: ESTOY EN CINTA. Cuatro cruces escribieron de su muerte, cruces que mi cuchillo obligara. Tesa, tesa, tesa, como nuevo Pepé Loló.

Hacía una pausa amplia. Era la pausa para apagar la colilla o lanzar el silbido. Algunos se marchaban, otros llegaban y encendían el Chester porque ya estaba de vuelta el *pues señor que estaba cansado de treparme el muerto al hombro.*

EJEMPLO DEL MUERTO QUE SE MURIÓ SIN AVISAR QUE SE MORÍA

La llaga del costado, bendita sea.
La llaga de la mano, bendita sea.

–Leoncia, la vela, que se va, que se va.

La corona de espinas le abonaba la frente.
La corona de espinas le sembraba el dolor.

–Leoncia, que se va, que se va.

La cruz era la estrella clavada en el camino.
La cruz era el camino del Santo Peregrino.

–Leoncia, sorda estás, monga puñetera.

Los brazos extendidos eran también la cruz.
Los brazos extendidos eran también la cruz.

–Leoncia, no te arresmilles y vete al cafetín.

Los pieses se le ardían del dolor infinito.
Los pieses se le ardían de aquel tan gran dolor.

–Leoncia, mal fin tengas si no buscas la vela.

La cara era una lágrima dicen que muy hermosa.
La cara era una lágrima pero color de rosa.

–Leoncia, cabrona, date prisa.

La boca sonreía sin decir queja alguna.
La boca sonreía del que no tuvo cuna.

Leoncia se tiró como loca, descalza, la cara hinchada de no poder llorar, qué cosa, de no poder llorar. ¡Con lo que hubiera querido beber llanto! El muerto que se moría era chévere. Los sábados le ponía la peseta en la mano y los domingos la invitaba a jugar a papá y mamá. Pujaba inútilmente por un chin de lágrima, un octavito, una ñapa, pero nada. Y el muerto seguía boqueando ante el asombro de su hermana la Soltera, de quien era cortejo desde el año del cólera. Musarañando, llegó al cafetín. Se le revolvió un intestino cuando lo vio cerrado. Viró en redondo, algazara de faldas por el viento, los pasos envueltos en pies, la baba cayendo, el dedo en la boca.

El corazón gigante lleno estaba de paz.
Ni el beso de don Judas se lo quitó jamás.

–Cerrá.

Dos cruces más pusieron donde estaba la cruz.
Dos cruces que guardaban al Hijo de la Luz.

–Leoncia, hija de tu madre, vete onde sea, búscale luz que se queda el ánima en el limbo, tullía, burra, animala, arre, que nos cae encima la macacoa. Mira cómo se le trabucan las comisuras, mira cómo se agita de vernos de brazos cruzás, después que nos ha traído a vivir en puerta de calle.

La Tullía se encaramó el dedo por el buche y quiso saber por qué se moría pero la Soltera sólo supo lavarse la boca con porquerías y echarlas hacia afuera, en escupitajos.

–Se muere de pasmo en la digestión. Se puso como un sinvergüenza de la llenura, después quiso vacilar. Yo le decía que hacía daño pero tú lo conoces, desesperao como preso en ayunas. Apechó sin compasión. Y míralo con la lengua derrotá.

En una estaba el bueno que dicen que era bueno.
En otra estaba el malo que dicen que era malo.

Leoncia se tiró como loca, descalza, la cara hinchada de no poder llorar, qué cosa, de no poder llorar. Se colocó la mano en el tetaje para cruzar la esquina de más allá y aterrizar en la sala de Vitalina, tercera pudorosa y discreta.

–¡Que le preste la luz que el cortejo se le va sin vela.

Vitalina saltó, no puede ser, no puede ser, se arrancó la pollina, no puede ser, no puede ser, se arrancó una onza de moño, no puede ser, no puede ser, se pateó la cabeza y no puede ser, no puede ser dijo cuando dijo que no tenía. Leoncia viró en redondo, algazara de faldas por el viento, dedo sin uña en la boca, baberío loco, pero la Vitalina la revolvió para decirle pérate, pérate, llévate esto. Leoncia se asombró y el miedo le arrendó las piernas. Con paso lentérrimo de araña culona, llegó.

El malo de mirarlo se convirtió en bueno.
El bueno de mirarlo se convirtió en más bueno.

–Que te mandó esto.

Llorando a las alturas los seis ojos hablaron.
Hablaron los seis ojos llorando su calvario.

A la Soltera el pedazo de grito se le atascó en la garganta pero acabó derramando la linterna por la cara cerosa. Los quince quilovatios asustaron el limbo. El grito forcejeó y se lanzó a algún lugar del camino. El muerto se murió.

La llaga del costado, bendita sea.
La llaga de la mano, bendita sea.



LA PARENTELA

A Ramón Figueroa Chapel

Amanece. El sol se encabrita techo arriba, tartamudeando rayos. Tisbe cuela las borras y Píramo cuela el sueño, claro, tibio, trémulo.

–Píramo, Píramo, el fogón tiene tres patas y un perro que va por el callejón tiene cuatro.

Píramo es un ocho sobre la cama, un ocho nigrescente.

–Píramo, Píramo suelta la frisa y espabílate que el gallo ha cantao tres veces y con el cuatro del perro y el tres del fogón se tiene la combinación.

Píramo es un buey que muge, un buey enroscado y friolento.

–Píramo, Píramo, ¡coño de calientacamas! levántate y lárgate a la pega que la vianda no cae del techo.

Píramo es un ateo encuclillado que maldice los santos sacramentos. Un ateo hastiado de los hastíos de su mujer. Píramo, de cuando en vez, se amarra los pantalones y dice:

–No me grite que no le quepo por la boca.

Píramo es un blandengue en salsa. Píramo salta de la cama y abre la ventana. Píramo engulle, hoja a hoja, el paisaje. El verde le baila por la nariz y le empuja tres estornudos magníficos.

–Tisbe, Tisbe, qué cacho de videncia. Tres aires me han explotado por la nariz. ¡Tres! Empieza con tres o termina con tres, empieza con tres o termina con tres.

Tisbe tiembla, Píramo tiembla, un tres en los labios de Píramo tiembla.

–Tisbe, Tisbe, qué espíritu más presentao. Me ha soplao en la oreja que tres y tres son seis. Empieza con seis o termina con seis, empieza con seis o termina con seis.

Tisbe tiembla, Píramo tiembla, un seis en los labios de Píramo tiembla.

–Píramo, qué pájaro malo te ha picado. Ahí estirao pareces un poste de la luz. Uno. Uno. ¡Ay! Uno, dijo uno. Y con el tres de los aires y el seis de la oreja se forma la combinación. ¡Ay Píramo, que eres un negrito nacío en zurrón!

Tisbe abraza a Píramo mientras Píramo abraza a Tisbe.

–¡Ay qué videncia! ¡Qué espíritu más farfullero! A la tarde le compramos un vellón de tabaco hilao y un palo de caña. Esa combinación no falla. Tres, uno, seis, tres, uno, seis.

Tisbe cruza el callejón y toca el aldabón de doña Ugolina. Doña Ugolina es una vieja beoda que duerme con una caneca.

–Ay doña Ugo, ay doña Lina, apúnteme el tres seis uno con diez perritas, el tres uno seis con cuatro, el uno tres seis con dos, el uno seis tres con uno.

Doña Ugolina se baja la tira del sostén y apunta. Tisbe paga el dinerito. Un tufito a romo comienza a alejarse seguido de doña Ugolina. Tisbe descruza la calle y se regresa a su cobijo.

Atardece. El sol es cabrita que tira al monte. Desde la una, Tisbe alonga el callejón.

–Ay muertitos de las tumbas, llévensen la salazón.

Un tufito a romo se arrastra por el callejón seguido de doña Ugolina. Doña Ugolina es una vieja beoda con un alambique en los senos.

–Que se sacaron la chucha.

Hay veces en que el corazón es un maromero haciendo cabriolas en el pecho. El corazón de Tisbe es ahora un tren que prende y sale t t t
tu tu tu
tut tut tut. El corazón de Píramo es un tren que llega y apaga tut tut tut
tu tu tu
ttt.

–Ahí tienes, condenado Píramo. Se nos fueron los reales de la

vianda. Ahí tienes tus espíritus.

Píramo es una gallina apretada por el pescuezo.

–Píramo, que hasta los muertos te meten los mochos, que hasta los muertos te engañan, que hasta los muertos te engañifan.

Píramo es un adoquín.

–Píramo, que no tenemos ni la cuchara que llevarnos al buche.

Píramo es un viento alisio. Píramo, de cuando en vez, se atreve a decir:

–Baje el tono, bájelo.

–Que no lo bajo ná. Que los muertos te vacilan. Que todas las mañanas tenemos el mismo circo. Que los muertos esto y los muertos lo otro.

No ve que son espíritus lejanos. La prima Fredesvinda que es prima tercera.

–Y no le importamos un comino.

–El tío Nicanor que es tío bastardo.

–Y no le importamos un comino.

–La vecina Pepa Juana que es enemiga de profesión.

–Y no le importamos un comino.

–¡Como son muertos lejanos!

Píramo siente una gota de sudor arrullándole la nariz. La nariz de Píramo es un rancho donde caben dos caballos. Ancha, ahuecada, sin puente para subir a los ojos. Píramo piensa muertos lejanos, muertos cercanos, muertos cheverones que le soplan el bolo a la parentela. Muertos cercanos, cercanos. ¡Y tiene una idea!

Tisbe siente dos gotas de sudor bajándole por la nariz. La nariz de Tisbe es anchota, en vuelta de tirabuzón, cómoda por dentro y por fuera. Tisbe piensa muertos lejanos, muertos cercanos, muertos fenomenales que meten la mano en el candungo y sacan el bolo de la parentela. Muertos cercanos, cercanos. ¡Y tiene una idea!

Anochece. El sol es marido sentado en el baúl y no sale. Tisbe es una pasa arrugada. Píramo es un paso arrugado. No hay sílaba en el aire. Píramo piensa que será un viejito sandunguero con los verdes en el bolsillo. Tisbe piensa que será una negrita de vitrina con un camafeo en cada oreja. Hay veces en que el pensamiento es un número dos y lo que pienso yo lo piensas tú. Píramo y Tisbe sueñan con los muertos cercanos. Píramo y Tisbe desean los muertos cercanos.

–Vamos a tomar café.

–No, no, no.

–Vamos a tomar café.

–No, no, no.

–Vamos a tomar café.

–No, no, no.

–Sí, sí, sí.

–Pues yo lo sirvo –grita Píramo.

–No, que lo sirvo yo –chilla Tisbe.

–Yo, yo, yo –dice Píramo.

Píramo, que se molesta de darle un sobo, quiere servir el café.

–Yo yo, yo –dice Tisbe.

Tisbe, que se molesta de descuartizarle los callos, hoy se apresta a servirle.

–Pues yo a ti y tú a mí.

–Sí, sí, sí.

En la cocina hierve la leche. Píramo sonríe porque los muertos cercanos no fallan. Tisbe se relame porque los muertos cercanos son capaces de hacer el fufú.

–Ya está el tuyo –grita Píramo, sediento, casi enloquecido.

–Y el tuyo –responde Tisbe, desesperada, histérica.

Píramo y Tisbe embalan hacia la salucha. Saborean el café. Píramo y Tisbe se mecen en los sillones. Píramo sueña con los pesos en el bolsillo cuando el espíritu cercano le dé la combinación. Sonríe. Tisbe sueña con los camafeos en la oreja cuando el espíritu cercano le saque el bolo. Sonríe. Píramo y Tisbe sienten una carreta de bueyes subir esófago arriba, un ardor, una náusea desconcertante que fumiga cada tramo debajo de la piel. Píramo mira a Tisbe y la ve verde. Tisbe mira a Píramo lo ve verde. Sonríen, sonríen, sonríen. Píramo y Tisbe saborean los muertos cercanos. Sonríen, sonríen, sonríen. ¡Ahora el sillón de Píramo no se mueve! ¡Ni el de Tisbe!

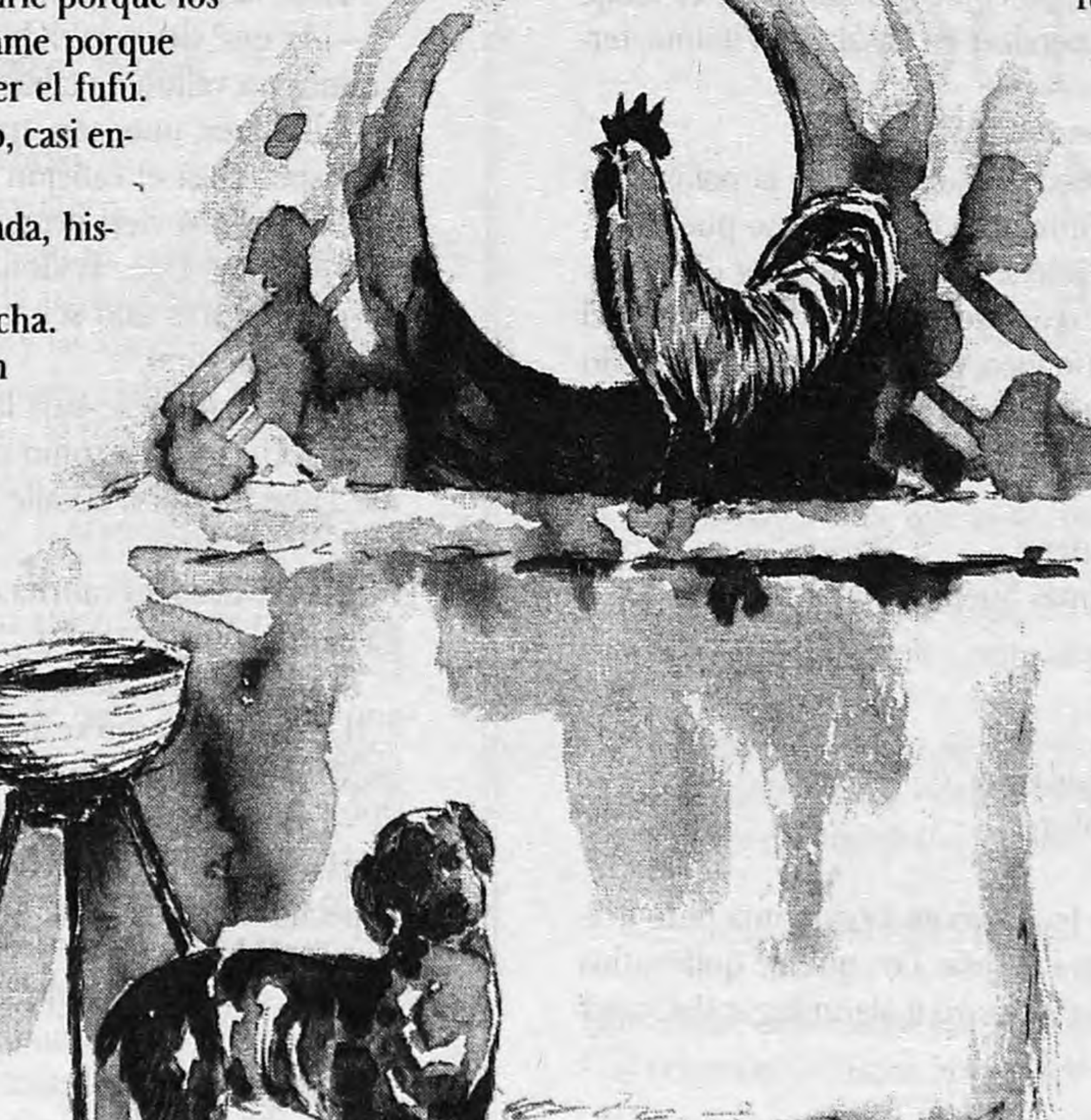


Aquí va un cuento que no es cuento porque ocurrió ayer mismo en la esquina de la diecisiete. Digo mal, la diecisiete tiene cuatro esquinas. La diecisiete del Franklin debo decir. El Franklin que anuncia baratillo en día martes. Casualmente, era martes ayer. Lo casual no es que fuera martes. Lo casual es que hoy es miércoles. Y esta historia es, hoy miércoles, un día vieja. Y por ser un día vieja es demasiado nueva.

Ayer martes me estaba yo en la esquina del Franklin como todas las mañanas de los últimos meses. Digo mal. Todas las mañanas traduce de lunes a domingo cuando debía traducir de lunes a sábado. El domingo no me aparezco por la diecisiete. El domingo me redejo en la cama hasta que el mucho vagar me cansa. Después, soy a oír lo que se hace oír: el culto bautista radial vigorizado con pandereta y el desloar bautista de la animalidad hombruna. Al sermón del que me pronostica una muerte oscura se añade el sermón de la que me pronostica una vida oscura. Porque mi mujer orea sus carajos en domingo sirviéndose de mí propio como tenderete. Mi mujer es lunática, prima de la farfulla, enemiga declarada del modal decoroso. Mi mujer no tiene empacho en motejarme de cuentero, labioso, bayoyero y otras lindezas que mejor no repito. Con todo y la vejación, el domingo se lo regalo para que, a capricho, proponga y disponga. Quede claro pues que en la diecisiete sólo estoy de lunes a sábado. Bien.

Ayer martes me estaba yo en la esquina de Franklin como todas las mañanas de los últimos meses. Bulto grande el de los últimos meses. Échelo a lápiz. Dieciocho de febrero más veinte de abril totalizan un hombre colgado por las bolas. La fábrica cerró el dieciocho. El diecinueve nos hicimos a la calle, doscientos que éramos. No tiene idea las barrigas que llenan doscientos semanales. Por lo que a mí toca le refiero la mía y la de mi mujer. También la de una tía de mi mujer. Calambrosa ella, antigua ella, con punto de malatía ella. También la de un primo de mi mujer. Atómico él, putañero él, mingo de lo ajeno él. No, ellos no viven con nosotros pero viven de nosotros. Sigo.

Ayer martes me estaba yo en la esquina de Franklin como todas las mañanas de los últimos meses, viendo con gusto lo que se dejaba ver que no era sino el ajoro con que la gente cruzaba la calle al permiso escaso de la luz roja o la prisa con que la misma gente se desparramaba por las aceras. Apunte usted este dato: las dos aceras que llevan por la Roberto H. Todd al Condado y al Alto del Cabro son las menos frecuentadas; en cambio, la que lleva por la Roberto H. Todd a la parada dieciocho abajo y la que lleva por la Ponce de León a la esquina de Telesforo están perennemente concurridas por comadres mercaderas, secretarias en el cofibreak, señoras ociosas, amas de casa, estudiantes de la Labra y de la Central. Un verdadero enjambre. Vale ahora que avise de mi gusto por los tropeles, los revoliscos. Donde haya garulla me siento como pez en el agua. La diecisiete, los Mítines, el Hiram Bithorn, los entierros, las procesiones, icuánta gente!, el aeropuerto, el corralón de Río Piedras, los centros comerciales. Se hace usted a mi vicio si le informo que, entre tardes, me llego a donde no voy con tal de ir apachurrado en una guagua. La ruta de Loíza, la ruta de Villa Palmeras, la ruta de Puerto Nuevo. ¡Si también el domingo fuera lunes! Me vacila el apretujamiento. Me endroga, caray. Me repito que el juicio final no será espantoso si es cierto que los pecadores vamos a estar pegaditos, pegaditos, los unos a los otros. Pero, todo tiene su cuestión. La de sustos que se padece, la de malos ratos que acarrea esta devoción por la humanidad. La de gente mal entrañada que se abraza a la puerca idea de que uno está empeñado en dar chino. Perdón por la ordinariez. La de gente mal vivida que se chupa, esconde, sume el trasero con tal de no dejarlo, diz que, a expensas de lo que llaman deslavado. A propósito, la otra tarde un magnate, con pinta de gran cocoroco, me faltó de palabra, diz que, porque me le pegué, con premeditación y frescura, a una señora que era su mujer. Juro que el bribón mentía pero preferí apearme de la guagua antes que afinarle la vistilla con tres mojicones. Adelante.



Ayer martes me estaba yo en la esquina de Franklin como todas las mañanas de los últimos meses, mirando, distraídamente, lo que los ojos alcanzaban, que no era sino el zarabandeo de unas nalguitas en ánimo de baratillo, nalguitas floreadas que revoloteaban por entre los paseantes, alocadillas, suculentas, silvestres. Aclaro que mis ojos no procuraron encontrarse con las nalguitas. Soy decente de nación, decente al extremo de negarme a mirar las desnudeces de mi mujer si no es a través de una rendija. Repito pues, que mis ojos no turistaron por las floreadas sino que ellas se arracimaron frente a ellos. Se entenderá ahora mi apretón con esta bendita *zona de la diecisiete. Uno se recuesta de la columna del Franklin y le dice a los ojos: "sin pestañear que el hembraje está salvaje".* ¡Cuidado! No se me tuerza la intención. Se lo dice uno a los ojos de uno. La boca ni se entera. Primero que nada, la pudicicia. Empato el hilo. Los ojos, mis ojos, apenas si podían tenerse en pie, conmovidos como estaban por las suculentas que ahora se encampanaban hacia las vidrieras de Sanrío y Tom Macán. Como si, repentinamente, descubrieran que las enaguas, los sostenes, las faldas de Franklin no eran otra cosa que leña. No bien las suculentas ganaron una distancia prudente me eché a seguirlas. Nadie reparaba en mi persecución. Digo mal. Persecución traduce acoso cuando debía traducir echar a andar por la Avenida Ponce de León con absoluta discreción. Discreción, esa cualidad la inventé yo, quiéralo que no. Y a ésa, apareje esta otra: pudicicia. No soy vulgar. No me falto el respeto con una guasa de solar. No me rasco la parte en velado ofrecimiento. Me rasco, sí. Me rasco, glotonamente. Me masajo, a vuelta y vuelta, la vergüenza. Pero, desde el clandestinaje de mi bolsillo. Continúo.

Ayer martes me estaba yo en la esquina de Franklin como todas las mañanas de los últimos meses. Me estaba en lo que catalogo de furtiva vigilancia de nalgas andariegas. Yo ansiaba que, en algún lugarejo, se armara un remolino de gente, un bochinche de cuerpos, una docena de mujeres pasmadas ante cualquier chuchería de las que suelen pasmar a una docena de mujeres, qué sé yo, cacerolas adiestradas en el guiso, cortes de tela, blusas con rica pasamanería. En español del bueno, que se juntara el mujerío. Allí podría iniciarse, calladamente, una, digamos, comunicación pasiva, lo juro, pasiva, entre mi deseo y las silvestres que ahora, de golpe, se detenían frente a un vistoso escaparate. Yo arranqué a mirar el reloj del Banco de San Juan que, dicho sea de paso, está parado en las nueve. Vea el color de mi recato. Mirar un reloj parado con tal de que, ni por yerro, se me tachara de inverecundo. El reloj del Banco de San Juan tiene dos manecillas negras. El reloj del Banco de San Juan es redondísimo. Mientras el ojo derecho se abismaba en la idiotez del reloj, el izquierdo me enviaba por teletipo la información que su rabo recibía. Las suculentas estaban indecisas. Indecisas por menos de un instante pues, en seguida, se devolvían. Tengo dos ojos, uno izquierdo, uno derecho, que miroteaban con reverencia el reloj del Banco de San Juan. Mis ojos estaban en el reloj idiota pero ese aire que me caminaba a la espalda era el aire de dos nalguitas encantadoras. No, no tenía que verlas. Estaban en la vidriera de Franklin otra vez. Eléctrico, como si James Bond me hubiese entrenado, corrí a guarecerme en otro de los lados de la vidriera, aquél que por dar a una columna impertinente no se visita. Detrás de la columna me estacioné. Lo triste de la estrategia era que la autora de las nalguitas me quedaba de frente. Tipo corriente por el frente. Bajita, espantosamente común. Sin fingimientos, su único atractivo era el *traserín. Una de las dependientas de Franklin, trasero de bombín dice* mi fichero, sacó fuera de la tienda una batea con medias finas, según gritaba, a precios de quemazón, según gritaba. ¡Vi el cielo abierto! Si las suculentas se interesaban... podría. Si las suculentas y siete señoras se interesaban. ¡Mejor no se podía presentar la mañana! Entonces, cayó la risotada. Ahora verá.

Ayer martes me estaba yo en la esquina de Franklin como todas las mañanas de los últimos meses cuando una risotada cayó del santísimo infierno. Exactamente, del lado de la vidriera que formaba un ángulo de noventa grados con mi escondite. La risotada tenía mucho de pegajosidad, de contagio, era imposible que uno se sustrajera a su... sí... a su fascinación. La columna me impedía ver las dueñas de la risa pero las pensaba, gorda hasta cansar la una, tacaña de carnes la otra, rebosantes de vulgaridad ambas, sin interés traseril ambas. Como las cosas son como son, debo decir que, incluso yo, serio de nación, me sonreí al oír cómo festejaban lo que tenía que ser un chiste glorioso. Jadeaban. Las fatigaba la risa. Lanzaban aullidos de cansancio, un cansancio definitivamente agradable, deseado. De pronto, una de las dos, juro que fue la gorda, dijo: "oye este último". Y empezó un largo bisbiseo al que mis oídos se invitaron. "Al marido lo botaron de la fábrica por fresco. Él pregona que cerraron la fábrica. Pero de eso, nonines. Botado y punto. No, nada de robo ni desfalco. Chino sin ser del oriente. Dando chino a diestra y siniestra. ¡Listerine! Mucha labia, mucho rodeo pero siempre a la caza de un buen tú sabes". La risa *salió como un derechazo.* "Cada vez que vengo a la diecisiete me cuido el tú sabes porque ésta es su área de actividad". Yo oía pasmado el milagro, reía con el milagro. "Pero, lo fenómeno es que el sinvergüenza tiene una mujer guapísima que se la pega con un elemento que ella hace pasar por su primo". Reían, como si ya nunca pudieran parar, reían sin el comedimiento que debe prevalecer cuando se está en la calle. Reían. De la risa pasaron al temblor, del temblor al ahogo, del ahogo a la tos. Tosían.

La tos se mojaba con las lágrimas. Las oí soplarse la nariz. Yo pensaba en el hombre suelto por la diecisiete mientras su mujer lo coronaba. Yo pensaba que hay hombres descuidados. Mire usted y que ponerse así así en evidencia. Dejarse saber así así la maña. El que tenga su debilidad téngala sin debilidad, sin carpa, sin micrófonos, sin panderetas. No, ése sería un pobre diablo, un infeliz sin oficio ni beneficio, un, un, un.

¡Qué rabia! ¡Qué ira! ¡Qué furia! Las suculentas no estaban. ¡Si hace un momento...! La dependienta de Franklin cerró su batea de medias finas a precio de quemazón. Las suculentas, las alocadillas, las silvestres, evaporadas entre el gentío que cruzaba la calle al escaso aviso de la luz roja. ¡Perdidas! Eché a caminar con dirección a la esquina de Telesforo. Miraba, distraídamente, las espaldas del hembraje. Y, de cuando en vez, los rostros de los hombres. Y en los rostros de los hombres el que pudiera ser protagonista de aquel cuento que no era cuento. A lo mejor, sin proponérmelo, sin buscarlo, descubría el elemento que deshonraba nuestro género. Mapepe, soruma, cabrón, William Pen, etc.

LOS NEGROS PARARON EL CABALLO

A Nilita Vientós Gastón

Como a puercos o a becerros, como a sacos estibados de granos y especias, como a un rebaño de pinos río abajo. Así así nos trajeron a los cien que seríamos, que ni mal nos contaron a los de Nombre de Dios. Como a una animalada al matadero, calados por el frío serrano de cuando anochece –graniza pesado, créame–, amelcochados por el calor costero de los mediodías –la sangre emputece las venas–, así, el desconsuelo perenne en la piel.

Por la mañana vinieron la escopeta y el Alcalde a avisarnos y un pistoletón rollizo y un cuchillo de cabo nacarado vinieron también. El Alcalde no bajaba a donde el caserío amontonaba nuestras vidas, no, nunca, a menos que de sangre se tratara. Cierto es que los domingos, las mujeres lo veían darse la merienda de hostias y veían la escopeta y el pistolón rollizo y el cuchillo de cabo nacarado comulgar también. Así que su visita mucho nos sorprendió a todos, rodeado de caimanes, desgraciados y malas entrañas que rompieron nuestras puertas y nuestras ventanas para hacernos salir; pura guapería, de cualquier manera teníamos que asomarnos, bien que con la rabia alomada en el corazón. Pero fría la cabeza. El Alcalde nos habló apoyado en una vaca callosa de las que, a falta de otra voluntad, mataban el tiempo en la plaza; nos habló por un fotuto de cartón que el Cura le hizo con sus manos ligeras y mañosas.

Los que fuéramos no venía al caso pero una representación nutrida de los hombres y mujeres de Nombre de Dios habíamos de viajar hasta la capital a homenajear a nuestro Bien Amado Presidente en la fecha memorable de su cumpleaños. Quince horas ir y quince horas venir si atrechábamos por los riscales de Pasto Viejo. La cuestión era que a las tres de la tarde del día siguiente nos juntáramos con los otros hombres y mujeres del país a gritar, en un solo corazón y agradecido: Feliz Cumpleaños, Presidente Bebé. Una onza de letra más y se ganaba el castigo; habría vigilancia para las gargantas desatentas y un campanazo feroz avisaría el comienzo de la felicitación merecida. Nos habló del entusiasmo compartido. Después, juntos y revueltos, se fueron los caimanes, desgraciados y malas entrañas, la escopeta, el pistolón rollizo y el cuchillo de cabo nacarado, el Cura y el Alcalde.

Como a fruta amontonada, como a piedra de cantera o bestia humana si se puede; así así todos los que somos gente de este país, prestándole la carne a la garrocha, llenándonos de muertos. ¡Se nos apesta la cosecha de años duros!, quince son los años duros, catorce de vivas al Padre y uno de vivas al Hijo. Esa tarde a las seis nos subimos al camión; cien que seríamos, que ni mal nos contaron. Muerto el Padre también fuimos, las mujeres obligadas a apañarse de luto, el viaje igualito. Otra vez viajamos a jurar que nos complacía que el Hijo se quedara con el mando: a las tres en punto el campanazo feroz nos pidió el grito: sí del mucherío de gargantas. Una onza de letra más y se ganaba el castigo. El Hijo, redonda la cara como un plato, nos incendió de miedos con la palabra de seguir la obra del Padre. ¡Casi nada! Como a puercos o a becerros.

Cientos que éramos, miles que éramos, mar el sudor que largábamos; ojerosos, legañosos y dormidos, cientos y miles de gentes de este país, turbioso el aire de rancio, pies carcomidos y sobacos llagarados, mar de dormidos de pie, mar de silencio tendido por la gran plaza en la que una tarima gigantesca elevaría el tamaño del Hijo. A las tres en punto el campanazo feroz nos pidió el grito: Feliz Cumpleaños, Presidente Bebé. Un solo corazón y agradecido. Créame que lo hacíamos bien, otra cosa es mentira, bien y a la vez.

Como una animalada al tamborazo, como un vuelerío de palomas; ojerosos, legañosos y despiertos; pero dónde íbamos a almacenar los gritos que se nos escapaban, el clamor de tantas manos; la oleada de rezos mágicos claveteaba los aires para que unos cuantos dijéramos que no volveríamos a respirar. Total, una balita que no hizo el blanco esperado, consentida fue a meterse en una barriga caimana. ¡Qué más nos daba! Créame, el Presidente Bebé por una vez dejó de ser negro, trampas que le hace a uno el miedo. Los de enfrente cayeron unos pocos, sangre para largo había en la plaza. Arrastrados como a perros, así así nos sacaron a los que habíamos muerto.

Como a fruta amontonada, como a piedra de cantera, como mierda al basurero. Así así nos devolvieron a los cincuenta que seríamos, que mal nos contaron a los de Nombre de Dios. Unos decíamos que otros faltábamos pero la seguridad de cuántos éramos no la teníamos. No nos confiamos aunque quien lee el libro de los ojos da con la verdad. Muchos lo pensamos, limpiarle el pico y dejarnos morir tranquilos. Si fuera necesario. Volvimos a Nombre de Dios a esperar. La próxima vez lo enterramos.

RESPONSO POR UN BOLITERO DE LA 15

A Gilda Navarra

Esta es toda mi historia:
sal, aridez, cansancio.
LUIS PALÉS MATOS

hablar hablar hablar sin que la sonrisa que te dibujaron malamente oprima mi voluntad

A LAS DOS

ahora te tuteo porque la estación del miedo ha terminado

LO QUISO EL ALTÍSIMO

mi llanto y mi tristura hilvanan la mirada que te recorre

EN EL CEMENTERIO MILITAR

ni pajuata ni bobalicona amanda tiene cara de yo no fui sino desafiadora mirada desafiadora subida a la cara mía desde que te fuiste a tu única muerte mirada con su libra de congoja y su onza de llanto que finge un

GRACIAS CAMBUCHA

dolor que es una alegría

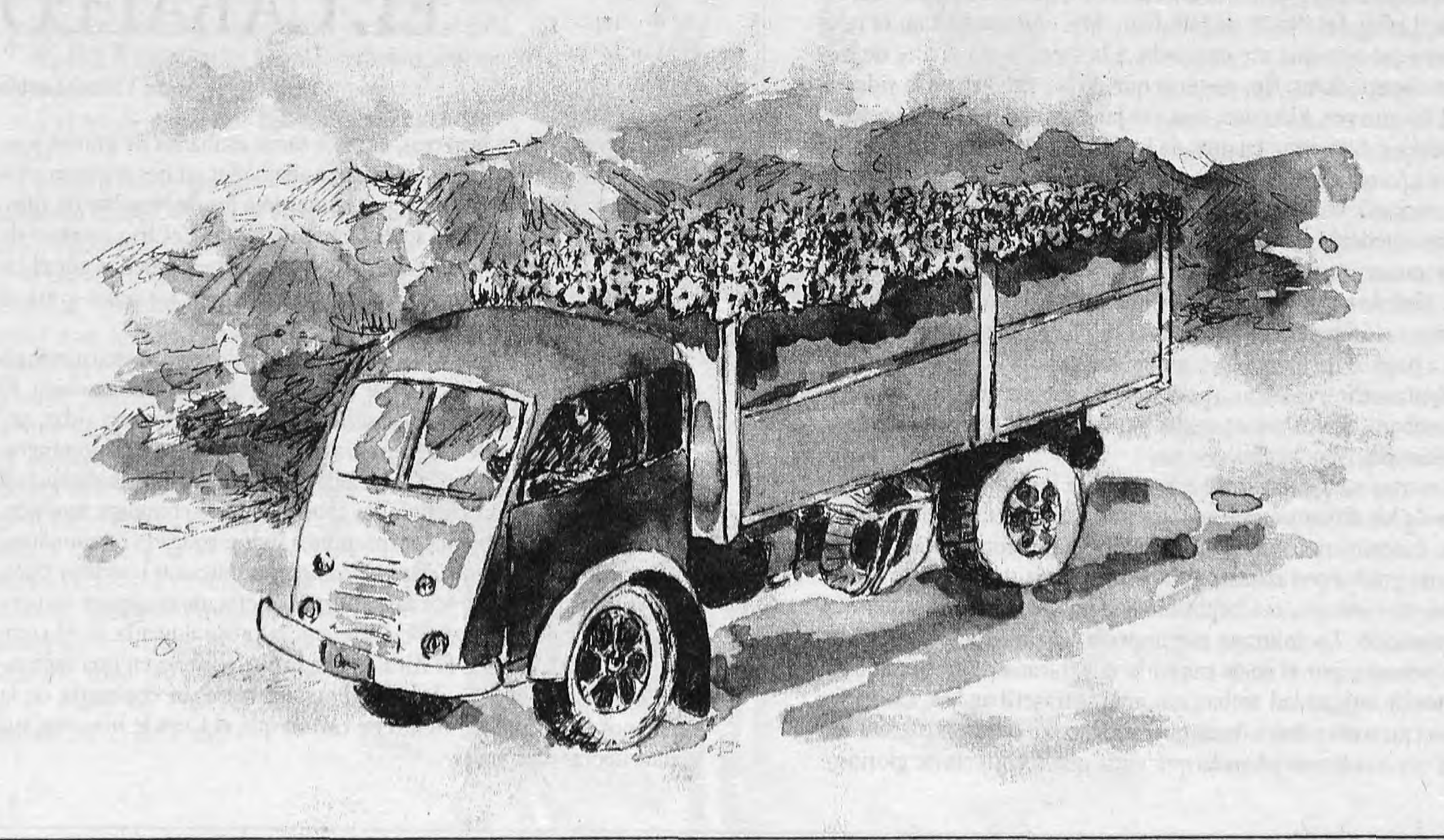
SANO POR DENTRO Y POR FUERA

mirada miísima incapaz en lo venidero de abajarse ante lo que no sea el corazón de cristo redentor

SIN MALICIA SIN FALSÍA SIN TRAMOYA

cambucha se te salió de las garras cuando cayó en la cuenta de que la querías para matar chivos decías malagradecida después que la puse a comer caliente y no la dejabas que subiera a verme todavía me pregunto si era mal agradecida cambucha por algo ocurrido antes de que me nombraras corteja oficial antes o después del enredo claro que enredo diferente al mío cambucha era más de todo que yo y en el fondo fondo yo como que me molestaba de que fuera más de todo que yo y como que me alegraba de que tú

PERO LAS FLORES NATURALES SE MUEREN ENSEGUIDA



pero agarro la mano de cambucha

SIÉNTATE CAMBUCHA

y tú no serás a regañarme cambucha lavaba las cabezas del biuti de la calle monserrate y tú hablaste con la dueña del biuti y ella Jenny la dueña del biuti botó a cambucha porque le importaba complacerte miedo a que le armaras un foxtró y le cerraras el biuti o le quitaras las cinco secadoras que no sé por qué eran tuyas a menos que se tratara de una

A LAS TRES DE LA MAÑANA

cambucha fregó las salas de los blancusinos de Villa Caparra y hasta le salieron unas manchas como escamas de tanto fregar pero no te dio el gustazo de meterse a puta

VESTÍA DIVINO

total que cogen el golpe no más soltarlo dos veces revolcándote entre tu maldad sucia lo contabas y contabas lo de tu propia hermana la yombina que para tapar la pocavergüenza a la que se dedicaba alquilaba bicicletas no le avisé de tu muerte porque hubiera dicho con razón para qué me avisaste su muerte si él no me procuraba y cuando te pidió la firma para maniobrar un préstamo le dijiste que no y seguiste echándote fresco eso hace tres años deogracias

MIRE

que cambucha es mi hermana de padre éste es y el dedo se te salía de la mano mi mano reclinada sobre el peluche

LA CAJA ES PRECIOSA

gris ratón de una caja de a mil largos oigo las guiñadas de los que vomitan zalemas dulzonas y benditos hediondos

LO ARREGLARON BIEN

amanda no permito que en mi velorio circule la comiquería de mi santidad pero amanda necesita que tus alabadores sigan en el danzón de la sin malicia el danzón de la sin tramoya el danzón de la sin falsía

DE LAS TIENDAS MÁS CARAS

amanda necesita que la parada quince entera se informe de la muerte del macho entre los machos más macho que los machos mejicanos cine encanto barrita de chocolate uvina tin tan y su carnal marcelo día de damas

CON UNA TRANQUILIDAD QUE DEBIÓ SER DE DIOS

porque cien lamentaciones son cien razones en la balanza al mapriolo se le zafa decir

DE HILO INGLÉS

a la viuda le tocan muchos american moni no se le zafa lo suelta de guasa a tus alcahuetes y añade hay que meterle mano a la viuda

CATÓLICO

repaso las cuentas del rosario pero me guardo el padrenuestro en una muela y con la cachaza que heredé de ti esta madrugada lo cato de punta a punta hasta que cierra su quincalla de hipocresías entonces

EL CALOR ES DE FUEGO ESTA MAÑANA

para que mi mirada se le apee le comenta al tecato pechiseco que también vino a velarte el calor es de fuego esta mañana y se levanta sobre los tacones para alquilar unas pulgadas sonrío despaciosamente y retengo la sonrisa como tú hacías y veo nacer la sorpresa por cuanto recoveco tiene la funeraria y aunque la viuda tenía cara de yo no fui se apropió por la madrugada de la sonrisa anunciadora de las bofetadas

SE FUE SIN PESTAÑEAR

veo tu sonrisa desinflada y ni una gota de susto se me escurre la sonrisa de deogracias castro era como la licencia para todo lo que fuera canalla te veía sonreír y a temblar se ha dicho sonreír tú y esperar el castigo yo tu sonrisa brincaba de diente en diente como un monito liviano.

CABALLERO PREFERIDO DE LA VIRGEN

no me conozco sin temerte bozal el meñique que coloco sobre la mentira de tu sonrisa candado de la muerte mi meñique deogracias castro dieciocho de abril

QUÉ DICE LA CINTA ALFONSITO

alfonsito no dice nada desde que

RECUERDO DE LOS CHOFERES DE ARECIBO

el mapriolo mete la cuchara dispuesto a ganarme la voluntad y palmea el hombro de alfonsito que no lo mira porque en la funeraria hay un techo y alfonsito sólo sabe mirar los techos sólo sabe encaramar los ojos por los techos o perderlos en la lejanía los oídos ataponados de silencio

ESTA OTRA DICE RECUERDO DE TUS AMIGOS DE LA MESA DE DOMINÓ

insiste en leer cuanta cinta escarchada cuelga de las coronas

UN ATAQUE AL CORAZÓN

amanda me me me sin atreverte a decirlo porque era morir dos veces la primera en la cadencia desabrida de las palabras fatales me muero y la segunda en la verdad del corazón anudado

FULMINANTE

eras una paila de terror amanda me me me

CUÁNTOS AÑOS TIENES ALFONSITO

tiene veinte

TIENE VEINTE

cumplidos en la bahía de da nang acaso cumpla treinta o cuarenta en la contemplación de los techos alfonsito vestido con esa oscura sensación de lejanía ausente de él mismo más allá de la ceguera más allá de la sordera instalado en el corazón del limbo

BUENÍSIMO DON LEONIDAS

la bofetada le alborotó la sangre una bofetada trabajada a partes iguales por los cinco dedos entonces don leonidas dijo

AYUDABA AL SOSTENIMIENTO DE IGLESIAS Y ASILOS

lo que deogracias no permitía que se dijera don leonidas dijo perdón

UN CANTO DE CARNE DON LEONIDAS

los insultos se ensartaban sin fatiga cabróndebasuramamauhijodeputacabróndebasuramamauhijodeputa la manada de puñetazos le hizo la cara un lapachar de sangre

HAGAN UN HUEQUITO PARA LA CORONA DE JULIANA Y PACO

amanda hazle un huequito a leonidas aquí se descompuso aquí se arregla amanda avisa a to la quince que arreglé la puercá que me hizo leonidas bebe leche leonidas que tienes que componerte lo envolví en gasa y esparadrapo que anudé bien mal

CON PERMISO DOÑA AMANDA USTED LO TIENE LEONIDAS SATO

don leonidas abre la boca y el asombro lo asombra nada menos que doña amanda llamándolo leonidas sato la gente circula y yo echo mano de la sonrisa que heredé de ti esta madrugada el muy sato me reverencia y se va con el rabo entre las patas a mirar un crucifijo los que me oyen como que se repliegan como hacen los cangrejos cuando se les toca con un palito y una tarde yo te bautizo con el nombre de leonidas sato porque tienes madera de sato y tu certificado de nacimiento dirá leonidas sato porque tienes madera de sato sin que nadie supiera dónde ni quién hizo el certificado del segundo bautizo don leonidas que te cobró doscientos cocos por taparle la vistilla al sargento que patrullaba la quince y después el sargento vino con el lindo vals de que sabía lo que sabía

LA TENÍA COMO A UNA REINA

que la bolita que la banca que la ley que la honradez honradez que disimuló por quinientos de los de a verdad

DE COMER NO QUIERO NADA

no se te escapaba ni tu sombra amanda la cheverona por sobrá porque no quedase un secreto entre nosotros amanda con ese hombre no hay golpe que valga

DESPUÉS ME SIENTO

me le dices hasta las veces que das del cuerpo sí mamá y amanda lo tratas de usted sí mamá y enseguida que te dije que a papá le decían goyo el chévere porque a todo contestaba está chévere me pusiste amanda la cheverona

QUIÉN TE VA A COSER EL LUTO

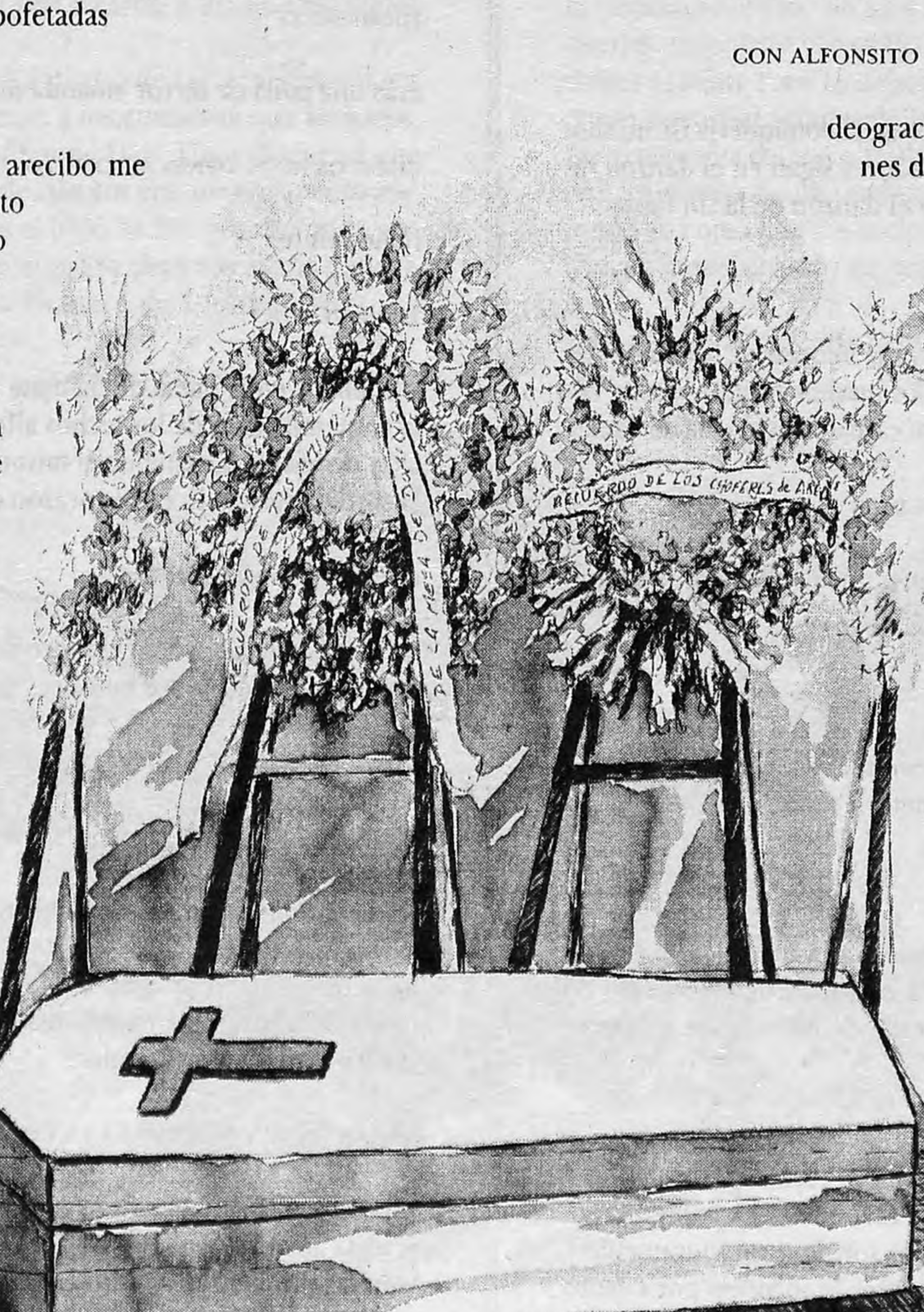
seis o siete batitas fruncidas que me cosen en el bazar de la paloma mariquita costurera con bazar y todo dios va a mandar un fuego un día que no se va a salvar ni el médico chino hasta los choferes de arecibo que ligan pasaje en la quince me dicen amanda la cheverona y el mapriolo cantaba la plena maría la cheverona con un tonito malintencionado a ese mapriolo plenero le anuncio que no le doy más cartones de bolita ni libretas de bolipul para que me reclame la consideración que le tenía deogracias y yo le conteste yo corto el bacalao ahora y claro está me sonrío me controlo la mano acariciando a cambucha para no darle su par de bofetadas

AUNQUE EL LUTO YA NO SE USA

dice alfonsito que los choferes de arecibo me dicen amanda la cheverona alfonsito que te llama deogracias alfonsito no le salgas con una pachotá que él es como un padre para ti mira alfonsito oye bien lo que voy a aclararte métete la lengua en el culo y otras cosas bien sucias a pesar de que tenía bigote y novia en el viaducto y se daba sus cervecitas los viernes por la noche eso sí tres o cuatro para alegrarse se las bebía en la misma latita pero que no fueran alemanas que fuera india o corona o criolla manías alfonsito antes de irse a la bahía de da nang se fue al mirador y se encerró por tres días y no quería bajar a comer

AMANDA TE ACOMPAÑO EN TU PENA

y entonces tú decidiste que se fuera al ejército le hace falta que lo enderecen te emperrraste en que se fuera a la guerra mamá decía te encargas de alfonsito que es el chiquito y tú decías muchacho pendejo criado con leche pedía y mamá no decía



DESPUÉS DE LOS NUEVE DÍAS

que alfonsito no era hijo de papá

ASÍ PASA EL DÍA ENTERO

alfonsito no era hijo verdadero de papá alfonsito era hijo de un compai de papá y mamá me dijo que papá le dijo te dejo para no hacerte carne de pasteles pasamos hambre y un día vino un señor medio gordo que buscaba una muchacha para corteja nada de velos ni bizcocho con mantecado corteja y punto

LA GRANDE PLÁSTICA ES DE LA FARMACIA REY

para que me lave me planche y me dé el cantito me llamo deogracias castro y yo estaba en el patio batiendo un almidón deogracias le oí decir le doy cincuenta machacantes y me la llevo si está rota que esté rota yo no soy elemento tiquismiquis lo mío es para seguido

HAY GENTE QUE NO ES LAGRIMOSA

me dijistes llévate a alfonsito amanda y yo empecé el lloriqueo amanda a ese hombre me le dices hasta las veces que das del cuerpo y se guardó los cincuenta en los senos por uno de ellos vivía un lunar que resultó un salidero de cáncer me comprastes un día de soledades yo miraba el mar desde mi ventana el mar tan por allá por la costa que lo veía como la cosa imposible triste que amanecí y mamá decía muchacha sacúdete la sosera cuando tú aparecistes era por la mañana no era por la tarde el camino corroía la tranquilidad de cualquiera tanto derroche de espacio y bajamos los tres como los reyes magos alfonsito llorando porque se puso los zapatos el derecho en el izquierdo y el izquierdo en el otro un mes antes cumplió los diez se larga pal ejército o dejo de llamarme deogracias castro

TE ACOMPAÑO EN EL SENTIMIENTO

nadie más a acompañarme en el sentimiento así aprende que el gas pela y el apio es verdura

EN SANTA MÓNICA

mientras recuerdan las gaterías de deogracias castro izquierdita en la colectora izquierdita en el embalse izquierdita en el barrio obrero.

CON ALFONSITO

deogracias castro que no perdona ni a las vírgenes del cielo

LE HARÁN UN NOVERARIO DE ROMPE Y RAJA

reverenciaban tu cartel de machote sin que pudieran pensar que la izquierdita de la colectora la izquierdita del embalse la izquierdita de barrio obrero eran fecas de un viejo que escondía su impotencia nunca pudistes ni la primera ni la segunda vez ni la noche del día que me compraste a mí y a alfonsito

NO QUIERO DEJAR DE MIRARLO

deogracias castro que tenía una gallina en cada corral no levantaba para cumplir con su corteja aseñorada tú lo cogías a relajo y me tirabas una trompetilla ni cuando te ponía las tetas entre los muslos ni cuando me llenaba la boca con tu porquería y con chorrito de voz te preguntaba de verdad verdad tengo que hacerlo

ERNESTINA PARA QUÉ TE PUSISTE CON ESO

caliéntame te digo o te vas por donde viniste sonreías y yo mira-

ba la furia bajar tras la sonrisa todos los santos la madre de dios la hostia ofrecida la virgen del cordero la madre de los tomates escupidas por la violencia que desmadraba los ojos y expulsaba el diluvio de carajos tú tienes la culpa me gritabas voy a casa de carmen gallo y gozo largo que no sabes calentarme eso es lo que pasa que lo que sabes es gastarme los chavos tú y tu hermano una tarde alfonsito se dejó llegar a la casa de carmen gallo y averiguó que tú nunca ibas por allí me gritabas voy a casa de concha la invencible y averiguó que tú nunca ibas por allí por allí nunca hubo una tuerta porque concha la invencible no las quería tuertas ni jorobadas que las putas tienen que ser derechas y ver directo decía concha la invencible

BONITA QUE ESTÁ ESA CORONA

orquídeas de un plástico que respira tan natural
crisantemos lilas en ruedas de papel crepé

DESCANSE EN PAZ

en la gusanera de los siete pies bajo tierra
descansarás en paz

ERNESTINA PON CERCA DEL DIFUNTO LA CORONA DE LOS CARNICEROS DE TRAS TALLERES

alfonsito me mira desde una esquina de su sueño ay ay amanda me me sin atreverte a decirlo porque era morir dos veces la primera en la cadencia desabrida de las palabras fatales y la segunda en la verdad del corazón anudado ya ibas por la puerta ya te llevaban muerto y por la puerta

RESIGNADO

cuando digo

A LAS DOS

sáquele la sonrisa y cóbrese una propina de veinte pesos

ERA UN SANTO

el funerario contesta lo único que garantizo es la boca abierta del muerto y por la puerta muerto y por la escalera muerto y por el zaguán mi garganta suplica sáquele la sonrisa y cóbrese una propina de cuarenta pesos el funerario repito lo único que garantizo es la boca abierta con dos imperdibles agazapados en las quijadas agazapado es palabra de domingo

SEA LA VOLUNTAD DE DIOS

se acabó deogracias castro te estiró la boca y te trabajó una mueca horrible y te trabajó una sobrepiel rosada que el calor derretirá ya mismo mentira que murieras tranquilo mentira mía mentiras tuyas tu no me has engañado bolero que cantaba ruth fernández retorcido del dolor final

TRANQUILO

apagado el brazo del componte teso cosa de ayer tus aguajes memorias tristes tus aguajes que a las dos enterraremos en el fondo árido del militar

COMO QUIEN DICE UN PAJARITO

escupes al que te venga con mamonerías los mismos que me cabrean con la puñalada trapera los mismos que quisieran ver que las bancas se evaporan como el humo balacera tu odio revoltura de la entraña tu odio deogracias castro dieciocho de abril toco tu sonrisa desinflada y ya no hay ira tras ella que suelte las bofetadas la sonrisa asomaba como una promesa de castigo

EL CAFÉ MÁS FRÍO QUE SI TUVIERA FRÍO

amanda que te lo zumbo y me dabas en la cara y me amoratabas los brazos y me halabas el pelo

YO NO SÉ POR QUÉ TARDA LA DE NOSOTROS

oigo el aspaviento de tus guiñadas

ESOS HELECHOS SUDAN Y PARECEN DE VERDAD

mientras apuestan que me comerán el cerebro porque la banca que controla la zona de humacao no se deja tumbar no se deja mangonear por veinte mil toletes y las bancas de la quince que son las bancas matrices no se dejan tumbar por cuarenta mil toletes hablan en susurros que entran a mi cabeza la viuda queda blindada por los washingtones dinero de los pejes grandes del sindicato que cocinaban una huelga en un abrir y cerrar de ojos y luego se dejaban mojar la mano y fuápete que se acabó la huelga

NO QUIERO DEJAR DE MIRARLO

alfonsito saca de la cómoda unos pijamas azules alfonsito no oye entregado como está a la contemplación obsesiva de los techos al aire el pedazo fofo del gusto porque me da la gana amanda porque tú eres mi corteja y me tienes que tolerar en pelota así se me orea

GRACIAS ISMAEL

alfonsito sujétalo por aquí en lo que le pongo la cota de pijama

TOME CASI AHORITA

y salistes de la quince en un carro fúnebre pintado de negro fúnebre quién iba a decirte anoche mismo que se te acabaría la bachata y mira a paco bolsas

YA MISMO

paco bolsas míralo echándome los brazos y la peste a desagüe paco bolsas que quería hacerte el rancho llevándome para los niuyores

CÁLMESE DON PACO

mira a paco bolsas llorar

YA MISMITO

paco bolsas de los asopaos a media noche y las serenatas de bacalao a media noche y

FELA BENDITO

tu mano derecha era paco bolsas ese sí que es castao

AY MIJA

rezarte a ti el curita que es más fino que el hilo ese cura es loca con avaricia el cura dijo que nos casáramos que se case él y se deje de sobetear a los monaguillos y de sobetear a la muchachería de los bravos de boston a la que le enseña el catecismo

DABA MUCHA PLATA PARA EL MANTENIMINETO DE LA IGLESIA

rezarte para nada tratándose de ti cero cielo tramposo con el amigo tramposo con el enemigo con un tapujo siempre en puerta a moncho no le doy más libros de bolipul

COMO EL PAN DE BUENO

ni a toya gerena la bigotúa ni a doña chon para que no le alimente el vicio al vago de su hijo

SERÁ PARA PUERTO NUEVO O LEVITAUN

risa que se precipita como una catarata

LA QUINCE ME GUSTA Y NO ME GUSTA

quince del ferrocarril y del cine encanto y de la placita boada sube uno por la quince con la cartera hinchá y ni dios se mete conmigo vámonos para otro lado deogracias la banca está en la quince vete con tu hermano a matar chivos

NO HUBO QUIEN LO SACARA DE LA QUINCE

cuero reparao y los choferes en la bulla de su guachafita hoy se lo zumban a la cheverona blanquita búscate un chulo que te mude al hilton fresca que es lo que eres que te mantengo a ti y al chulo de tu hermano chulo parásito y todavía quieres enredarme enemiga mía te has vuelto mosquita muerta que tira la piedra y esconde la mano

ANA VINISTE

y el sofocón por mirar a una enlutada moño bajo peine sin brillo cuello que encarcela el cuello medias de lana de las que dan calor

SIÉNTATE ANA

seamos dos a mirarte mirada de dos mujeres con hambre o sed hambre y sed mismamente como hermanas de un lázaro que no revivirá lázaro malo lázaro pérfido lázaro cruel marta y maría que no quieren que resucites de esa jaula de caoba con agarraderas de bronce caja de gente jaitona

SONRIENDO ANA

decirle que murió gritando como un afrentao de vida para que sepa de tu apego a la vida leal el deogracias a ese cuerpo que ahora ves ahí tendido me fui de tu parte ana sin que nadie lo supiera ana óyeme todos callamos que las puñaladas se las dio paco bolsas pero todos sabíamos que deogracias castro también tú lo sabías le pagó doscientos a paco bolsas para que quitara al vangelo del medio entran resoplando los muelleros

QUE MUCHAS CORONAS

que dejaban el bofe para tentar la suerte y combinar cuanta pesadilla los atormentaba mujer sin cabeza y va el cero mujer con dos bocas y va el dos mujer con un ojo y va el uno

LES PONEN AGUA PARA QUE PAREZCAN NATURALES

luto celebra el luto como el guarachón de moda del macho camacho celebra la pocavergüenza

COMAY DELIA GRACIAS

la hija más chiquita de la fela le salió lo más paraíta la que pepe daga le hizo el daño la bonitita que la mocería se le salía por todos los poros salaíta como la fela cuando era muchacha

MANDABA UNA COMPRA SEMANAL AL ASILO

y tú pusistes los ojos a mirarla con un tanto de disimulo pero querías que los demás se dieran cuenta de tu disimulo para que tu fama de levantador no reposara yo debía disimular que me engañaba tu disimulo payasos los dos fuimos vangelo te regañó y tú le dijistes que a ti nadie te regaña y vangelo te dijo que la hija de la fela era la hija de la fela y que más te valdría respetar la hija de la fela

COMO SI FUERA A HABER UN TEMBLOR DE TANTO CALOR

de ahí en adelante vino la división del vangelo y tú el vangelo como que está alzándose tú decías y decías la hija de la fela cómo que tiene un aire de vangelo si no será que vangelo dejó lo suyo en la fela el vangelo

EN ESTA FUNERARIA NO VENDEN LECHE BATIDA

como que me anda cucando tú decías el vangelo como que anda pidiendo su tunda de estacazos ven acá paco bolsas hazme esta muerte y te vas a nueva yor por una semanita de un año y en nueva yor te vacilas las nenas de prospect y cientocincuentiséis.

ÉSA ES LA DE NOSOTROS DOÑA AMANDA EMPLEADAS DE LA INDUSTRIA DE LA AGUJA

alfonsita mira la corona que trepan a la parte más alta del tenderete y un cable que decía herido de gravedad y tú decías bruto que es el alfonsito se le metió por delante a las balas volvió como un vegetal y una buena pensión que me endosas enseguida porque una mujer no tiene derecho a tener tantos chavos

COOPERADOR COMO ÉL SOLO

yo voto con el que me ponga en los pesos a mí no me vengan con el chiste de los obreros deogracias que ahí están las monjitas diles que llegó un barco de marineros brasileños que lo suelten ahora que después se lo comen los gusanos y gritabas recua de manganzonas y venías a entregarles la limosna sabiendo que te habían oído hermana cuántos escalones del cielo me tocan si le doy una pesetita amanda me me me sin atreverte a decirlo yo te puse a mirarte en un espejo para que te vieras la hinchazón de las sienes

LA NOTICIA VIAJÓ CON LAS GUAGUAS DE LA LECHE

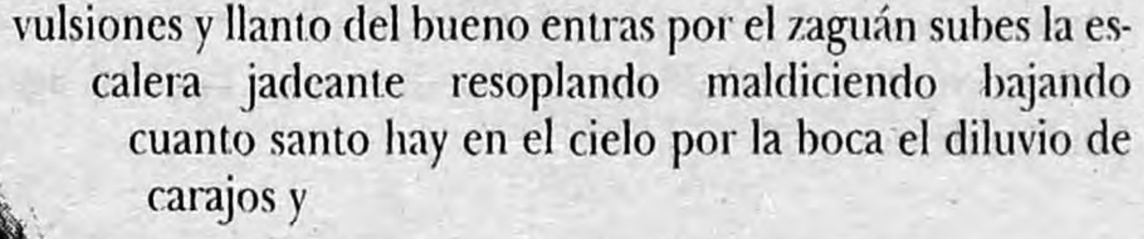
porque era morir dos veces la primera en la cadencia desabrida de las palabras fatales me muero y la segunda en la verdad del corazón anulado entonces retuve a alfonsito por un brazo y ni alfonsito ni yo nos movíamos y tú decías amanda me me me

NO TENÍA NADA SUYO

y mirabas hacia el botiquín donde guardabas el pote lleno de las pastillas que debías colocarte debajo de la lengua en caso de gravedad me me me muero los ojos se libraban de los ojos y yo aterrada los veía marcharse a su única muerte sin llamar al médico sin entregarte la pastilla aterrada pero conduciéndote a tu muerte alfonsito y yo verdugos

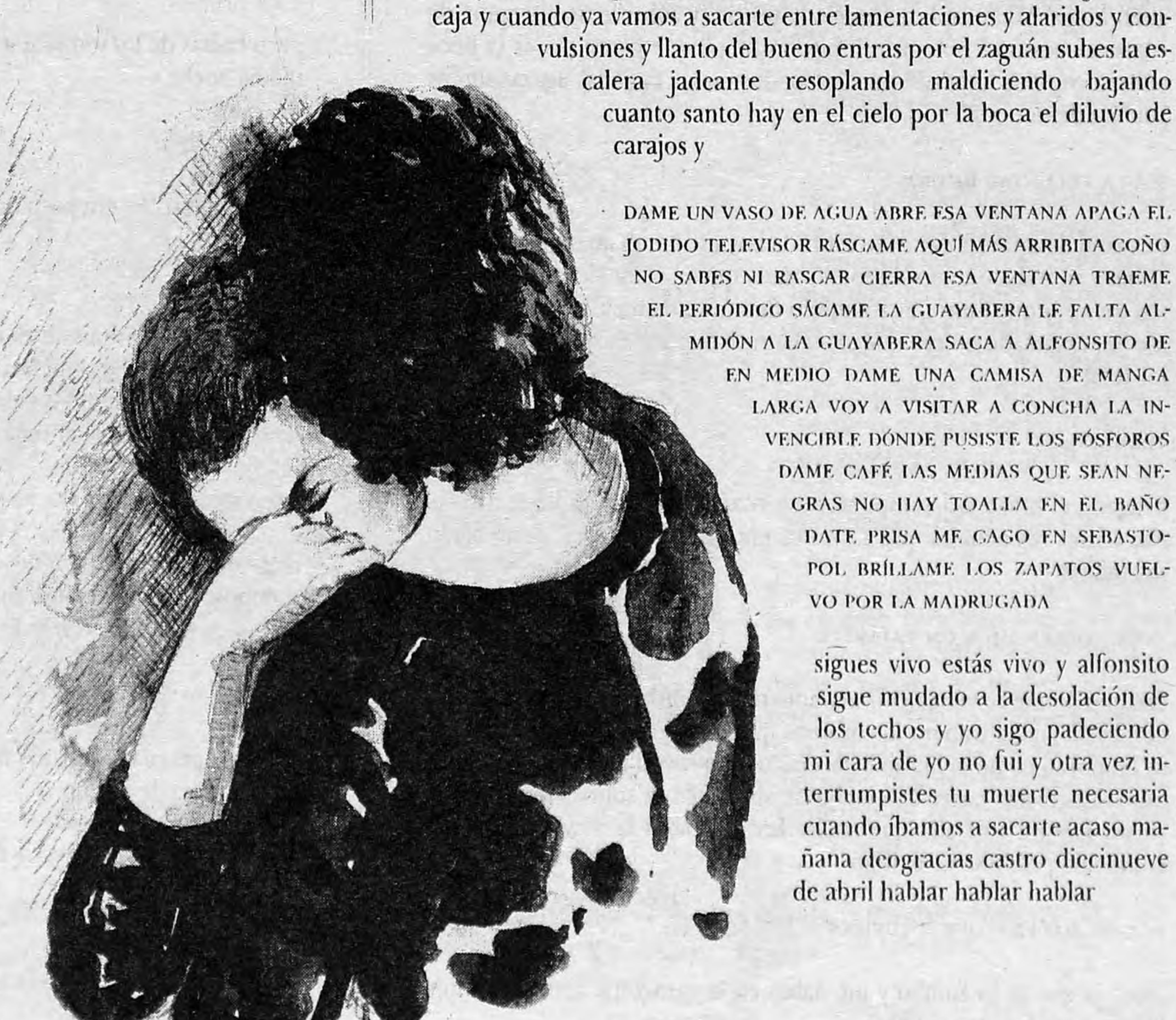
VAMOS A SACARLO

miro a alfonsito mudarse a los techos los funerarios me complacen ana carga la caja alfonsito carga la caja leonidas carga la caja yo cargo la caja todos los que levantamos contra ti un altar de odio cargamos la caja y cuando ya vamos a sacarte entre lamentaciones y alaridos y convulsiones y llanto del bueno entras por el zaguán subes la escalera jadeante resoplando maldiciendo bajando cuanto santo hay en el cielo por la boca el diluvio de carajos y



DAME UN VASO DE AGUA ABRE ESA VENTANA APAGA EL JODIDO TELEVISOR RÁSCAME AQUÍ MÁS ARRIBITA COÑO NO SABES NI RASCAR CIERRA ESA VENTANA TRAEME EL PERIÓDICO SÁCAME LA GUAYABERA LE FALTA ALMIDÓN A LA GUAYABERA SACA A ALFONSITO DE EN MEDIO DAME UNA CAMISA DE MANGA LARGA VOY A VISITAR A CONCHA LA INVENCIBLE DÓNDE PUSISTE LOS FÓSFOROS DAME CAFÉ LAS MEDIAS QUE SEAN NEGRAS NO HAY TOALLA EN EL BAÑO DATE PRISA ME CAGO EN SEBASTOPOL BRÍLLAME LOS ZAPATOS VUELVO POR LA MADRUGADA

sigues vivo estás vivo y alfonsito sigue mudado a la desolación de los techos y yo sigo padeciendo mi cara de yo no fui y otra vez interrumpistes tu muerte necesaria cuando íbamos a sacarte acaso mañana deogracias castro diecinueve de abril hablar hablar hablar



LOS DESQUITES

A Glen Gregory Rabassa

Digo qué hace ese negro con esos dos ojos azules y se ríen hasta las vísperas de mearse mi hija Puchuchú y el negro que la acompaña. Ella dice los compró y aguajea quitárselos y el aguaje lo aprovecha para atornillarse el ombligo con el ombligo del negro que es un negro muy lindo y bien plantado como una casa de dos pisos y que abraza a mi hija Puchuchú por las nalgas. La risa los acoge y desordena. Digo los negros no usan ojos azules y mi hija Puchuchú dice los usan si los tienen y los tienen si los compran y los compran si los vende un blanco elegantón que necesita la cura y la cura cuesta cara y la cura cuesta cincuenta billetes la onza y como Fortuna tenía los cincuenta pesos se compró los ojos azules de un blanco porque Fortuna ay es un negro muy especial. La risa se les adentra en los huesos finales. Digo los blancos son muy dueños de sus cosas y si fueran a vender sus ojos azules se los venderían a otros blancos. La risa los maltrata doblándolos como acordeones que tocan descaradas plenas cangrejeras o plenas del difunto Cortijo. Digo si era blanco el que vendió los ojos azules hedería a lo único que hieden los blancos. La risa se les vuelve taconazos por el linóleo y un beso de chupón. Mi hija Puchuchú me va a preguntar yo no sé qué pero el castigo de la risa no la deja. La risa que ya baja corriente y ruidosa como agua le arranca un peíto tumbador a mi hija Puchuchú y el tal Fortuna se tumba a levantarla y cuando ya la tiene frente a sí aunque de todos modos reguereteada le recuerda Puchuchú Cosa Bonita vamos a lo que vinimos que desde anoche no le doy mantenimiento. La virazón de la risa los tumba otra vez y como se están muriendo de la risa yo les digo cuidado que no se mueran de la risa y me pego al seto para que la repentina crecida de la risa no me arrastre hasta donde ellos son ahora un remolino. Mi hija Puchuchú y el tal Fortuna que la acompaña se ríen tanto que la risa parece que va a tumbar el mirador y todavía Puchuchú saca las fuerzas que no le quedan y pregunta a qué hieden los blancos Mai. La risa les trastorna las barrigas porque mi hija Puchuchú siempre se ríe con la barriga y el tal Fortuna parece que también o acaba de contagiarlo mi hija Puchuchú porque se desabrocha la guayabera y se soba el pelambre grifo de la barriga como si la barriga le doliera. Digo yo no sé de los blancos ni me junto con los blancos y cuando tocó juntarme me junté con tu Pai que era un negro muy lindo y bien plantado como una casa de dos pisos y era un negro ay muy especial y que vivía con el güevo encandilado. El tal Fortuna pronuncia una carcajada que lo tumba sobre mi hija Puchuchú y mi hija Puchuchú le acaricia con amores la cereta. Desde debajo del tal Fortuna y anunciando me meé de la risa mi hija Puchuchú me repite la pregunta a qué hieden los blancos Mai y la repite dime Mai a qué hieden. Digo Puchuchú no me jorobes que del hedor de los blancos sabes tú más que nadie que los sábados por la mañana subes más de un blanco al mirador y todos los sábados por la tarde viene el mismo blanco de los sábados por la tarde y le digo al tal Fortuna que fue un blanco hediondo el que la desgració y le digo al tal Fortuna que por meterse a hombreriega que sólo se negocia con los blancos fue que el Pai se me fue de la casa. El tal Fortuna así así y sin más deja de reírse y así así y sin más se le quita de encima a Puchuchú que es menos drástica o quiere ser menos drástica y quiere forzarse la risa y todavía simula reírse pero la risa ni le corre ni le hace ruido. El tal Fortuna se abrocha con cautelas la guayabera y con iguales cautelas se acicala la cereta y en el fondo del tal Fortuna ya está visto que algo terminó o está por terminarse porque mira como derrotado o perdido. Mi hija Puchuchú que es menos drástica o quiere ser menos drástica brinca de la risa a la sonrisa y de la sonrisa brinca a suplicarle con la mano y cuando el tal Fortuna se resiste brinca como una gata a la pelea y pelea a grito que grita pero mira Negro celoso si tú no eres marido mío ni cosa que se parezca pero mira Negro celoso si yo te dije que con las cuestioncitas de los sábados me buscaba el billetazo y empataba la pelea pero mira Negro celoso si yo te dije que Mai estaba más loca que una puñetera cabra desde que Pai la dejó por una blanca. Mi hija Puchuchú no esconde la desesperación que florece en llantén con baba ni evita las palabras puercas que bajan corrientes y ruidosas. Digo hija mía Puchuchú las negras que nacimos en Culo Prieto no hablamos con palabras puercas y le digo al tal Fortuna con los negros se revuelca pero se enamora de los blancos y por los blancos ella sufre como si ella fuera blanca y ensarto a esas falsas denuncias otras falsas denuncias que me invento con entra y sale de machos y no paro de memoriar hasta que mi hija Puchuchú me para de un bofetón que me tumba. El tal Fortuna descree con la cabeza y dice estás más loca que tu Mai loca y recula hacia la puerta. Mi hija Puchuchú brinca como una gata que brinca y se cuelga de los hombros poderosos de tal Fortuna dame un chancecito y se arrastra fracasada cuando le susurra Fortuna si ves que te acomoda mi sabor nos acomodamos y me quito de puta. Digo desde el linóleo te repito Puchuchú hija mía que las que nacimos en Culo Prieto no nos ensuciamos la boca con tantas palabras feas y en cuanto lo digo me domina la cara la patada de mi hija Puchuchú que ya no sabe hacer otra cosa que no sea chillarme y escupirme y patearme y amenazarme primero acabo yo con tu vida que tú con la mía y amenazarme te voy a volver cuerda a golpe limpio. El tal Fortuna parece que se está yendo porque unas prisas bajan del mirador. Ya no digo Puchuchú hija mía nosotras las que nacimos en Culo Prieto ni ya digo qué hace ese negro con esos dos ojos azules ni ya aposento una sílaba en la bemba porque la bemba me la hiende un tapaboca y en la bemba me revienta espeso el buche. Mi hija Puchuchú ve el buche de sangre y así así y sin más recula y parece que se está yendo porque adivino los pasos sordos y lentos bajar el mirador. Cuando acaban los pasos no escondo la alegría que florece en sonrisa con baba y decido poco a poco levantarme y poco a poco bajarme la hinchazón con fomentos de hielo y poco a poco enderezarme la salud y ponerme otra vez buena y sana para otra vez y hasta el final seguir haciéndome la loca puñetera para no volverme loca de verdad.

Índice